

HEMOS CONOCIDO EL AMOR

Carta pastoral con motivo del *Año de la Caridad*



Mons. Juan Antonio Reig Pla

Obispo de Alcalá de Henares

Septiembre 2014

HEMOS CONOCIDO EL AMOR

CARTA PASTORAL CON MOTIVO DEL
AÑO DE LA CARIDAD

MONS. JUAN ANTONIO REIG PLA
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES

Septiembre 2014

INDICE

Introducción	1
1. A qué nos enfrentamos: la presencia del mal	5
a) El pecado original	
b) La experiencia del Apóstol San Pablo	6
c) Dimensión personal y social del pecado	8
d) Las estructuras de pecado	9
e) La ideología más insidiosa: la ideología de género y sus derivaciones como “estructuras de pecado”	11
f) Alarma educativa	16
2. La fidelidad de Dios en el contexto de la alianza	18
a) La elección de Abraham e Israel	
b) El don de la Torah	20
c) La infidelidad de Israel. El valle de los huesos secos	21
d) La promesa de una nueva alianza	22
3. La nueva alianza y el don del Espíritu Santo	23
a) Jesucristo, mediador de la nueva alianza: su mensaje de conversión	
b) Pentecostés: el don del Espíritu	24
c) El verdadero discipulado-misionero	
4. Hemos conocido el amor: la novedad del evangelio	29
a) Clarificando el lenguaje	30
b) El Espíritu como don y los dones del Espíritu Santo ..	33
c) Las características del amor-caridad	35
d) El objeto de la caridad	38
e) El carácter social del amor-caridad	42
f) El orden de la caridad	43
g) Justicia, caridad y misericordia	44

5. El que me ama guardará mis mandamientos	47
a) Palabras de vida y libertad	
b) El Decálogo en la Nueva Alianza	49
c) Los tres mandamientos de la primera tabla	51
d) Los siete mandamientos de la segunda tabla	52
e) Los diez mandamientos y la ley del Espíritu	54
6. Orientaciones pastorales	56
a) La acogida y el sentido de pertenencia	
b) La parroquia: comunidad evangelizadora	57
c) La Escuela de Evangelización y misión	58
d) Una catequesis renovada	59
e) Infancia y juventud	60
f) La pastoral matrimonial y familiar	61
g) Cáritas, la Casa de los pobres y la Casa cuna	62
h) El Año de la Vida Consagrada	63
i) La visita pastoral	64
Conclusión	65

HEMOS CONOCIDO EL AMOR

Introducción

Año de la Caridad, de la Vida Consagrada y de Santa Teresa de Jesús

Fue algo extraordinario. Tan extraordinario que ya no se quiere hablar de otra cosa. Es más, se siente la urgencia de contarlo y repetirlo una y mil veces. Esta es la experiencia de todos los conversos y la de aquellos que por gracia se han encontrado con Dios. La lista es innumerable y abarca a todas las generaciones. Entre todos ellos destaca la figura de Juan, el discípulo amado de Jesús. Era tanta la admiración que sentía por el Maestro, era tan potente la luz que había recibido con la resurrección de Jesús, que no puede menos que gritar impulsado por el Espíritu Santo: “lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que han tocado nuestras manos acerca de la palabra de vida, pues la vida se ha manifestado, la hemos visto, damos testimonio de ella y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos ha manifestado; eso que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros, como lo estamos nosotros con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos todo esto para que vuestra alegría sea completa” (1 Jn 1, 1-4).

El lenguaje de San Juan es un lenguaje apasionado. Sus palabras le salen a borbotones. Y es que no podía ser de otra manera. Desde jovencito había seguido a Jesús. Había visto todos sus signos y había escuchado todas sus palabras. En silencio vio cómo Jesús curaba al ciego de Jericó y a los leprosos que habían corrido a suplicarle. No se le podía olvidar aquella mujer enferma que quedó curada con tan solo tocar el manto de Jesús. Contempló atónito la resurrección de Lázaro. Pero lo más extraordinario ocurrió en el Gólgota cuando el Maestro fue crucificado. Él, con María la Madre de Jesús, estaba al pie de la

cruz. El amor de Jesús lo hizo permanecer hasta el momento final. Lo mismo le ocurrió a otra mujer sanada por el Maestro: María Magdalena. Y es entonces cuando ocurrió el milagro: Juan pudo observar de cerca la mansedumbre de Jesús, su perdón a los enemigos, su sufrimiento redentor, su amor hasta el extremo. Acababa de recibir a María, la madre de Jesús, como testamento del crucificado y, como remate final, un soldado “traspasó el costado [de Jesús] con una lanza, y al punto salió sangre y agua” (Jn 19, 14).

Al contemplar todos estos hechos a la luz de la resurrección San Juan pudo comprender todo su significado profundo. ¡Es verdad! ¡Es el mismo Dios quien hecho hombre ha dado su vida para que nosotros tengamos vida eterna! “El que lo ha visto –cuenta en su evangelio– da testimonio de ello, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que vosotros creáis” (Jn 19, 35).

La fe nace del conocimiento del amor de Dios. Este es el milagro que cambia la vida de todas las personas. San Juan lo expresa de la manera más clara: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios no tiene, y hemos creído. Dios es Amor; y el que está en el amor está en Dios y Dios en él” (Jn 4, 16). No hay otras palabras que expresen de manera más sintética lo que podemos considerar como el culmen de la revelación de Dios. Toda la historia de la salvación apuntaba hacia este momento. Podíamos tener varias visiones de Dios y conocer sus atributos. El icono del crucificado con su costado abierto desvela el misterio de Dios: Dios es Amor para siempre y nosotros, dice San Juan, lo hemos conocido.

La primera consecuencia del conocimiento de Dios es la *alegría*. Se trata de la alegría del Evangelio. Es la alegría que comunica el ángel a los pastores: “Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo. En la ciudad de David os ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor” (Lc 2, 10-11). Es la misma alegría que experimentaron los discípulos en la mañana de la Pascua: “Llegó Jesús se puso en medio y les dijo: ¡La paz

esté con vosotros! Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (*Jn* 20, 19-20).

Esta alegría que provoca el amor de Dios al reconocerle no se agota en el sentimiento. Es una alegría que enraíza en el espíritu y es fruto de la gracia. Se trata de una alegría que no se desvanece como las emociones. Es una alegría que permanece; es el resultado de la presencia de Dios y de su amor. Como nos ha recordado San Juan, nos escribe “para que nuestra alegría sea *completa*” (1 *Jn* 1, 4). Es la alegría de la comunión con Dios y con los hermanos. Es el cumplimiento de nuestra vocación. Hemos sido creados por amor y para amar. Reconocer y experimentar el amor es la fuente de la alegría que da respuesta a los anhelos de nuestro corazón.

Con el anuncio de esta alegría os invito a comenzar el *Año de la Caridad* siguiendo el itinerario que iniciamos con el Año de la Fe y que nos ha de servir como preparación del vigésimo quinto aniversario de la restauración de la Diócesis Complutense que tendrá lugar en el año 2016. Las llamadas virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) son las tres joyas que el Señor nos regaló en el Bautismo y que nos hacen participar de la vida de Dios. Seguir la pedagogía de la vida teologal o de la gracia es un camino que nos ayuda a profundizar en el misterio de nuestra filiación: “queridos míos, desde ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos” (1 *Jn* 3, 2). En nuestro caminar personal y comunitario no vamos solos. El Señor nos acompaña como un padre acompaña a sus hijos. Su paternidad ha llegado hasta el extremo de hacernos participar de su vida íntima: “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha dado” (*Rm* 5, 5).

Animados por este Espíritu queremos celebrar con toda la Iglesia el *Año de la Vida Consagrada* que nos ha regalado nuestro querido Papa Francisco estrechando los lazos con los monasterios de la diócesis y con la presencia de las distintas congregaciones religiosas, sociedades de vida apostólica e institutos seculares. La vida consagrada es un claro exponente de

la grandeza del amor de Dios. Como nos recuerda el evangelio (Mt 19, 12) hay algunos que al conocer el amor de Dios (el Reino de los cielos) lo abandonan todo y con alegría buscan el tesoro escondido (Mt 13, 44).

Santa Teresa de Jesús destaca entre las vírgenes consagradas que siguieron con corazón indiviso la llamada del Señor. La celebración jubilar –en la Iglesia que camina en España– del quinto centenario de su nacimiento nos sirve también para volver a recibir su magisterio como doctora de la Iglesia que nos enseña el camino de la vida en el Espíritu. Sus escritos y el testimonio de los tres monasterios carmelitas presentes en nuestra diócesis nos servirán sin duda para aprender a “caminar en verdad” hasta la última morada en la que podamos decir con ella: ¡Sólo Dios basta!

Aunque parece excesivo presentar tres conmemoraciones para un mismo curso, mirándolo bien las tres están relacionadas entre sí. En definitiva lo que estamos llamados a conocer y celebrar es el don del amor de Dios, su reconocimiento y las respuestas a este amor. La vida consagrada y Santa Teresa nos ayudan a conocer la existencia de Dios, su mirada amorosa y la respuesta radical que sugiere el evangelio.

1. A QUÉ NOS ENFRENTAMOS: LA PRESENCIA DEL MAL

Cuando iniciamos un nuevo curso pastoral es conveniente tomar buena nota de dónde partimos y a qué nos enfrentamos. Es lo que Jesús recuerda a los discípulos que le seguían: “Le seguía mucha gente. Él se volvió y les dijo: Si uno viene a mí y no deja a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, y aun su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no carga con su cruz y me sigue no puede ser discípulo mío. Porque ¿quién de vosotros si quiere construir una torre, no se sienta primero para calcular los gastos y ver si tendrá para terminarla? [...] o ¿qué rey, si va a ir a la guerra contra otro, no se sienta antes a considerar si puede enfrentarse con diez mil al que viene contra él con veinte mil? [...] Así pues, el que de vosotros no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo (Lc 14, 25-33).

a) El pecado original

Para conocer bien las advertencias de Jesús y el porqué de las exigencias que reclama de sus discípulos es necesario conocer el drama del pecado de los orígenes y nuestros pecados actuales; la división en cada persona (incluso después del Bautismo) y las consecuencias sociales del pecado. En definitiva se trata de conocer el misterio de iniquidad y las estrategias del Maligno que quiere destruir la obra de Dios. Con escrutar profundamente nuestro corazón y abrir los ojos a la realidad que nos rodea rápidamente nos daremos cuenta del drama en el que estamos situados y de la necesidad de redención.

La estrategia del Maligno

San Ignacio de Loyola conocía bien las profundidades del corazón humano y como militar que fue estudió bien la estrategia y las tácticas del enemigo en el combate espiritual. Por eso para iniciar el mes de ejercicios espirituales, después de

colocar al hombre ante Dios como su fin último, comienza por proponer al ejercitante una semana entera para conocer la realidad del pecado, los propios pecados actuales, los engaños del Maligno y la estrategia que utiliza para destruir la obra de la redención. Como San Pablo, San Ignacio sabe que la lucha del hombre no es solo contra sí mismo sino contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal (*Cf. Ef 6, 11 ss.*).

b) La experiencia del Apóstol San Pablo

El texto donde se pone de manifiesto el drama interior que se da en todo hombre es el capítulo séptimo de la Carta de San Pablo a los Romanos. En este texto, casi como un grito, sintetiza el apóstol la experiencia humana de la incapacidad de realizar el bien aunque sea el principal deseo en el que se complace en su interior: “No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero; y lo que detesto, eso es justamente lo que hago. Y si lo que no quiero, eso es lo que hago, reconozco con ello que la ley es buena. No soy yo el que lo hace, sino el pecado que hay en mí. Yo sé que en mí, es decir en mis bajos instintos, no hay nada bueno, pues quiero hacer el bien y no puedo. No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero eso es lo que hago. Y si lo que no quiero, eso es lo que hago, ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que hay en mí” (*Rm 7, 15-20*).

Esta experiencia que describe san Pablo es un hecho universal constatable por cualquier persona. La misma situación describe en la antigüedad el poeta Virgilio. Por una parte se quiere el bien y al mismo tiempo se constata que es el mal lo que sale de nuestras manos. A la luz de la fe y de la revelación conocemos que el hombre está herido por el pecado original y por la concupiscencia que continúa para la lucha después del Bautismo. Sin embargo este dato es desconocido o negado por la cultura dominante que no consigue ofrecer una verdadera respuesta al drama humano tanto desde el punto de vista

personal como en lo que requiere la educación de la persona y la construcción de la sociedad.

Esta situación explica el fracaso de los planes educativos, la decadencia moral de occidente y los continuos avances de la corrupción en la vida personal, familiar, económica, social y política. Mientras estoy escribiendo estas líneas los medios de comunicación están continuamente dando noticias sobre la violencia doméstica, el aumento de los robos y de la droga; las continuas agresiones sexuales, abusos a niños, pornografía, el auge de la prostitución, las malas condiciones en las que se encuentran muchos presos, etc.; la guerra de Irak, la matanza de cristianos, secuestros de niñas, los conflictos de Ucrania, Siria y de la franja de Gaza; las injustas desigualdades entre las personas y los pueblos, la falta de asistencia sanitaria y el miedo a una epidemia del virus del Ébola, etc.

Es lo mismo que constata el apóstol San Pablo en la sociedad romana de su tiempo: “Alardeando de sabios se hicieron necios y cambiaron la gloria de Dios inmortal por la imagen del hombre mortal, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por eso Dios los abandonó a sus bajas pasiones y a la inmoralidad, de forma que ellos mismos degradan sus propios cuerpos; cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y dieron culto a la criatura en lugar de al Creador [...] Por eso Dios los abandonó a sus pasiones vergonzosas; pues, de una parte, sus mujeres cambiaron las relaciones naturales del sexo por otras contra la naturaleza. Por otra, también los hombres, dejando las relaciones naturales con la mujer, se entregaron a las relaciones hombres con hombres, cometiendo acciones vergonzosas y recibiendo en su propio cuerpo el castigo por su extravío. Y como no se preocuparon de tener el conocimiento cabal de Dios, Dios los abandonó a su mente depravada, que les empuja a hacer lo que no deben. Están llenos de injusticia, malicia; perversidad, codicia, maldad; rebosantes de odio, de asesinatos, de disputas, de engaño, de malignidad; chismosos, calumniadores, aborrecedores de Dios, insolentes, altaneros, soberbios,

inventores de maldades, desobedientes a los padres, insensatos, desleales, sin amor y sin piedad; los cuales, aunque concedores del veredicto de Dios que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no solamente las practican, sino aprueban a los que las cometen” (*Rm* 1, 22-32).

c) *Dimensión personal y social del pecado*

El desorden que existe en la vida personal se ve reflejado en la vida social. Es un hecho constatable y que sin embargo no es analizado en sus causas profundas. Benedicto XVI en su Carta encíclica *Caritas in veritate* llamaba la atención sobre la emancipación de la libertad de los bienes del hombre y de la naturaleza dando origen a todo tipo de desórdenes: “A veces, el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede –por decirlo con una expresión creyente– del *pecado de los orígenes*. La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad: ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres” (*Caritas in veritate*, 34).

Siguiendo el itinerario de San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales*, no es suficiente en el combate espiritual conocer la presencia del pecado en nosotros, la influencia maléfica de Satanás. Para San Ignacio es decisivo saber a quién nos enfrentamos y cuáles son las estrategias del enemigo. Para profundizar en este aspecto es verdaderamente ilustrador recurrir a la meditación clásica de las dos banderas. Como un verdadero maestro en describir la composición de lugar, San Ignacio nos coloca ante dos ejércitos situados en sus lugares estratégicos. Se trata de “ver un gran campo de toda aquella región de Jerusalén, adonde el sumo capitán general de los buenos es Cristo nuestro

Señor; otro campo en la región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer” (EE 138). Además de evocar la imagen de la *Civitas Dei* (Ciudad de Dios) que en su momento utilizó San Agustín, la intención de San Ignacio y la gracia que sugiere que pida el ejercitante es conocer “los engaños del mal caudillo, y la ayuda para guardarse de ellos; y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán y gracia para imitarle” (EE 139).

La estrategia del enemigo consiste en “hacer llamamiento de innumerables demonios y esparcirlos a los unos en tal ciudad, a los otros en otra; y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados ni personas algunas en particular” (EE 141). Antes de esparcirlos los amonesta para echar redes y cadenas para someter a todos. En primer lugar “han de tentar con la codicia de las riquezas... para que mas fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia. De manera que el primer escalón sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y de estos tres escalones inducir a todos los otros vicios” (EE 142).

En el otro frente San Ignacio coloca a Jesucristo en un lugar hermoso y humilde desde donde envía a todos sus apóstoles y discípulos indicándoles que inviten a todos en primer lugar “a suma pobreza espiritual y, si su divina majestad fuera servida y los quisiere elegir no menos a pobreza actual; segundo, a deseo de oprobios y menosprecio, porque de estas dos cosas se sigue la humildad. De manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza; el segundo, oprobio o menosprecio contra el honor mundano; el tercero, humildad contra la soberbia; y de estos tres escalones induzcan a todas las otras virtudes” (EE 146).

d) Las estructuras de pecado

Esta lucha entre el bien y el mal está presente en el interior de cada persona. Sin embargo no se agota, como refleja la

imagen ignaciana, en una consideración individual. Lo que está en juego también es el mundo de las relaciones sociales, la construcción de la sociedad. Posiblemente en estos momentos en los que el mundo de la comunicación ha ganado tanto espacio; en un mundo donde pesa tanto la informática y las redes sociales; en la sociedad llamada de la globalización, etc., el combate ignaciano cobra más importancia, si cabe, y hay que prestar más atención a los engaños del enemigo.

De hecho las reflexiones del Magisterio más reciente de la Iglesia nos advierten de la concentración del mal y nos ponen en guardia sobre la ideología tecnocrática, la dictadura del relativismo y la llamada cultura de la muerte. A la hora de mirar en profundidad la situación actual de nuestro mundo fue San Juan Pablo II quien introdujo la terminología de las “estructuras de pecado” para comprender las raíces de los males que nos aquejan y a los que hemos de hacer frente. Esta terminología que utilizó el Papa Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica *Reconciliatio et paenitentia* hace referencia a pecados personales y a la relación entre ellos que logra reforzar y difundir una presencia del mal que es fuente y raíz de otros males. Es, sin embargo, en su Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987) donde utiliza esta expresión “estructuras de pecado” para señalar cómo no solo los individuos sino también las naciones pueden ser víctimas del afán de ganancia exclusiva y de la sed de poder a cualquier precio; estas dos actitudes introducen, al servicio de los distintos imperialismos modernos, estas “estructuras de pecado” (Cf. *Sollicitudo rei socialis*, 37). Con verdadera clarividencia el Papa santo nos indica: “si ciertas formas de ‘imperialismo’ moderno se consideraran a la luz de estos criterios morales, se descubriría que bajo ciertas decisiones, aparentemente inspiradas solamente por la economía o la política, se ocultan verdaderas formas de idolatría: dinero, ideología, clase social y tecnología” (SR 37).

Esta misma terminología, “estructuras de pecado”, la utilizó San Juan Pablo II al referirse a la cuestión de la dignidad

de la vida humana en su Encíclica *Evangelium vitae*. “Nos encontramos –afirmaba el Papa– ante una enorme amenaza contra la vida, no solo la de cada individuo, sino también de toda la civilización. Estamos ante lo que puede definirse como una ‘estructura de pecado’ contra la vida humana no nacida” (EV 59).

e) *La ideología más insidiosa: la ideología de género y sus derivaciones como “estructuras de pecado”*

Más allá de estas afirmaciones que tenían como contexto el sistema de bloques y las ideologías marxista y capitalista, el papa de las familias fue mostrando la crisis antropológica que, unida a la revolución sexual, desembocaría en la ideología de género. A ella se refiere el pontífice en su último libro *Memoria e identidad* cuando alude a otra ideología más insidiosa y celada (Cf. Cap. II). Más insidiosa porque se atreve a llamar al mal bien destruyendo el propio sujeto humano. Esta ideología niega la diferencia sexual varón-mujer reduciendo todos los contenidos vinculados al sexo a mera construcción social y, en su caso, a la ‘libre’ autodeterminación del sujeto. Esta revolución antropológica lleva a sus últimas consecuencias lo que significa emancipar a la libertad de la naturaleza de la persona y, por tanto, de los bienes y fines de la misma. Desde una concepción dualista e individualista se considera la dimensión corporal como simple biología sin significados que orienten la vocación humana al amor. Cada uno, desde esta concepción ideológica, puede decidir su identidad y su orientación sexual recurriendo a los grandes eslóganes de la “no discriminación” y la tolerancia.

La ideología de género no sólo es más insidiosa sino también –como advertía el Papa Juan Pablo II– más celada. Se trata de una revolución cultural silenciosa. Su estrategia es conocida: se trata, aprovechando la potencia de los medios de comunicación social, de provocar un cambio de costumbres masivo sirviéndose particularmente de los medios educativos. El cambio de los modos de vida, favorecidos por *lobbys* potentes y por una propaganda continua, ha conducido a un cambio de

pensamiento y a un cambio cultural en nombre de la libertad y el pluralismo. Lo que viene a continuación es la proclamación de nuevos derechos y la promoción de leyes que los protejan.

De las consecuencias de la ideología de género, de raíz atea y apoyada en las filosofías constructivistas, se dio cuenta Benedicto XVI, quien continuamente nos recordaba que afirmar la “muerte de Dios” traía como consecuencia la “muerte del hombre”. Después de afirmar que la “cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los obstáculos para el desarrollo”, concluye de manera categórica diciendo que “el humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano” (*Caritas in veritate*, 78).

Lo que está en juego es el propio hombre

Poco antes de su renuncia, en la Navidad de 2012, Benedicto XVI nos advertía que con la ideología de género lo que estaba en juego no era simplemente un concepto de libertad sino “lo que significa realmente ser hombres”.

En efecto, según la ideología de género “el sexo ya no es un dato originario de la naturaleza, que el hombre debe aceptar y llenar personalmente de sentido, sino un papel social del que se decide autónomamente, mientras que hasta ahora era la sociedad la que decidía. La falacia profunda de esta teoría y de la revolución antropológica que subyace en ella es evidente. El hombre niega tener una naturaleza preconstituida por su corporeidad, que caracteriza al ser humano. Niega la propia naturaleza y decide que ésta no se le ha dado como hecho preestablecido, sino que es él mismo quien se la debe crear. Según el relato bíblico de la creación, el haber sido creada por Dios como varón y mujer pertenece a la esencia de la criatura humana. Esta dualidad es esencial para el ser humano, tal como Dios la ha dado. Precisamente esta dualidad como dato originario es lo que se impugna. Ya no es válido lo que leemos en

el relato de la creación: «Hombre y mujer los creó» (Gn 1, 27). No, lo que vale ahora es que no ha sido Él quien los creó varón o mujer, sino que hasta ahora ha sido la sociedad la que lo ha determinado, y ahora somos nosotros mismos quienes hemos de decidir sobre esto. Hombre y mujer como realidad de la creación, como naturaleza de la persona humana, ya no existen. El hombre niega su propia naturaleza. Ahora él es sólo espíritu y voluntad. La manipulación de la naturaleza, que hoy deploramos por lo que se refiere al medio ambiente, se convierte aquí en la opción de fondo del hombre respecto a sí mismo. En la actualidad, existe sólo el hombre en abstracto, que después elige para sí mismo, autónomamente, una u otra cosa como naturaleza suya. Se niega a hombres y mujeres su exigencia creacional de ser formas de la persona humana que se integran mutuamente. Ahora bien, si no existe la dualidad de hombre y mujer como dato de la creación, entonces tampoco existe la familia como realidad preestablecida por la creación. Pero, en este caso, también la prole ha perdido el puesto que hasta ahora le correspondía y la particular dignidad que le es propia. [...] Allí donde la libertad de hacer se convierte en libertad de hacerse por uno mismo, se llega necesariamente a negar al Creador mismo y, con ello, también el hombre como criatura de Dios, como imagen de Dios, queda finalmente degradado en la esencia de su ser. En la lucha por la familia está en juego el hombre mismo. Y se hace evidente que, cuando se niega a Dios, se disuelve también la dignidad del hombre. Quien defiende a Dios, defiende al hombre” (Benedicto XVI, *Discurso a la Curia romana*, 2012).

La difusión de esta ideología

De lo que no cabe duda es de la propagación rápida de la ideología de género y de la multitud innumerable de víctimas que está provocando; es una ideología de ‘destrucción y muerte’; nuestros catequistas, educadores, sacerdotes y los Centros Diocesanos de Orientación Familiar son testigos de ello. Esta

ideología promovida por las grandes Organizaciones Internacionales (ONU, UNESCO, OMS, etc.) y secundada por Organizaciones no gubernamentales de carácter internacional (IPPF) y nacional (organizaciones LGBTQ...), y los *lobbys*, ha conseguido impregnar todos los partidos políticos relevantes, los medios de comunicación masivos y el sistema educativo a través de contenidos transversales y de los cursos específicos de educación sexual.

Esta ideología, organizada como “una estructura de pecado”, afecta al corazón de la evangelización porque supone la disolución del sujeto humano. En España, unido al proceso de debilitamiento de la familia y la secularización, la ideología de género ha conseguido penetrar en el pensamiento de un gran número de españoles, muchos de ellos bautizados en la fe católica, incluso formadores y eclesiásticos, seducidos por los eslóganes de la “no discriminación” y la tolerancia y por el miedo a ser acusados de homofobia y sus derivados. En poco tiempo se han proclamado “nuevos derechos” de carácter arbitrario y se han cambiado para mal las leyes que protegían la vida humana, el matrimonio y la familia.

Las últimas derivaciones de esta ideología

Por sus raíces ateas y por su déficit antropológico la ideología de género ha desembocado en otras teorías agrupadas entorno a la denominación “*queer*” (extraño, raro), que rechazan cualquier referencia a la heteronormatividad, o a la universalidad de planteamientos. Las teorías “*queer*” de raíz marxista parten de lo concreto y más allá de la ideología de género se constituyen en una corriente de anarquía sexual particular como arma de revolución antropológica, social y política. Estas teorías parten de la concepción de que no hay ningún “ser” detrás del “hacer”. Uno se define en cada acción, que resulta “performativa”. Desde la perspectiva de la autonomía radical y la negación de la diferencia sexual (varón-mujer) como algo que califique a la persona humana, las teorías de esta nueva corriente se inclinan

totalmente por el construccionismo que ve en la ciencia y la tecnología un aliado para configurarse cada uno según su voluntad, según el criterio de que la realidad es “performativa”. No sólo el género, sino también el sexo es una construcción social. La identidad de la persona es “performativa” y no se puede basar en patrones fijos como los naturales (varón-mujer).

Aunque este planteamiento parezca extraño, es constatable que estas ideas de fondo siguen una agenda internacional que se puede observar en la promoción de campañas perfectamente secuenciadas midiendo los tiempos (ahora la campaña por la “despatologización de la transexualidad”), nuevas leyes (ahora las “leyes llamadas de no discriminación” y de “reconocimiento de derechos a las personas con deseo de cambiar de sexo”) y de nuevas propuestas educativas. Un buen botón de muestra son los *Estándares de educación sexual* (2010) en el ámbito escolar promovidos por la Organización Mundial de la Salud para el área europea. Otro signo claro en España es la consolidación de la ideología de género que promovió, durante los gobiernos socialistas, un cambio legislativo profundo. A pesar de las apariencias en esta nueva etapa la agenda de género continúa. Basta observar la “Ley de no discriminación e igualdad de trato” aprobada en el Parlamento gallego a quien siguen las leyes promovidas por la Junta de Andalucía y las anunciadas en el Parlamento catalán o canario; todas ellas suponen una revolución antropológica, una disolución del matrimonio y de la familia y una promoción de la agenda “*queer*”. La batalla en estos momentos es en torno al deseo de cambiar de sexo (DCS) –la mal llamada “disforia de género”/“transexualidad”–, particularmente en la infancia; lo que sigue es la penalización de los padres, de las confesiones religiosas y de cuantos se opongan a la agenda prevista para promover los llamados “derechos sexuales”, “derechos reproductivos” y el llamado “derecho a la no discriminación”.

Una última cuestión en este apartado. En contra de lo que se pudiera pensar, advertir sobre la ideología de género y las

teorías “*queer*” es defender la Doctrina Social de la Iglesia; plantear la justicia social y la solidaridad sin proponer la redención del corazón implica no conocer el corazón humano. La caridad y la castidad (poseerse para poder donarse) se reclaman y necesitan mutuamente. Nadie puede dar lo que no posee. Quien no viva, por la gracia de Dios, castamente no podrá donarse en el matrimonio y en la familia, o en la comunidad, pero tampoco podrá hacerlo, con verdad, en el ámbito de lo social (trabajo, empresa, política, etc.).

f) Alarma educativa

Aunque parezca excesivo hacerse cargo de estas reflexiones en una carta pastoral, es necesario dar la voz de alarma. La agenda “*queer*” afecta a los distintos colegios y va encaminada a “construir” un hombre nuevo liberado de las cargas del sexo y no sujeto a norma moral alguna. Es lo que da de sí la llamada postmodernidad que nace de un debilitamiento de la razón y que rechaza todo intento de búsqueda de la verdad. Sin ‘verdad’ no existe el hombre ni hay nada que educar. Negada la racionalidad solo queda la exaltación de la voluntad manifestada en los instintos.

Esto que parece tan simple es la raíz de un pensamiento débil, de una cultura que se ha venido configurando como una verdadera “estructura de pecado”. Detrás de esta cultura existen otros intereses no confesados y que están al servicio del Padre de la Mentira. Es necesario, pues, superar una mirada ingenua sobre la situación que nos ha tocado vivir y saber de verdad a qué nos enfrentamos. Los sacerdotes, los padres, los educadores católicos y los catequistas necesitan conocer bien las “tácticas del enemigo”. Así mismo necesitan conocer bien las enseñanzas de la Iglesia sobre la imagen del hombre, lo que el Papa Juan Pablo II llamaba la “antropología adecuada” que tiene tres pilares sobre los que se asienta: la unidad cuerpo-espíritu, la diferencia sexual varón-mujer y la redención del cuerpo o del corazón.

Cuando el Papa Benedicto XVI nos hablaba de las raíces de la *emergencia educativa* se refería al relativismo y escepticismo que excluyen las dos fuentes que orientan el camino humano: la naturaleza y la revelación. Hoy, ante la presencia de las teorías de la performatividad de género, “la aceleración de los fenómenos de degeneración de la educación ha superado la visión [del Papa emérito]. El frente de la emergencia educativa se ha convertido en otro, hasta el punto que ahora debemos hablar de una nueva emergencia educativa o, mejor, de una *alarma educativa*” (Observatorio Internacional Cardenal van Thuân).

Estos datos son de un gran interés para los padres y para los educadores. Corresponde a la Delegación de Enseñanza estar atenta a estos hechos y ofrecer los medios de formación para los profesores de religión y para los educadores. También el *Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia* está llamado a abordar estos temas.

Para terminar este capítulo quiero recordar unas palabras del Papa Francisco: “«Dios es amor». No es un amor sentimental, emotivo, sino el amor del Padre que está en el origen de cada vida, el amor del Hijo que muere en la cruz y resucita, el amor del Espíritu que renueva al hombre y el mundo” (*Ángelus*, 26-5-2013). Necesitamos obreros que propongan con libertad y valor este Amor crucificado y resucitado a todos nuestros conciudadanos, sin embargo, «algunas personas no se entregan a la misión, pues creen que nada puede cambiar y entonces para ellos es inútil esforzarse. Piensan así: «¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante?». Con esa actitud se vuelve imposible ser misioneros. Tal actitud es precisamente una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta» (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium: Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*, n. 275, 24-11-2013).

2. LA FIDELIDAD DE DIOS EN EL CONTEXTO DE LA ALIANZA

Después de recordar las consecuencias del pecado y de analizar los engaños del Maligno, lo que viene inmediatamente a nuestra consideración es poner los medios necesarios para combatir el mal estando atentos a la llamada del Señor y a sus enseñanzas. Así nos lo propone San Ignacio de Loyola. Sin embargo, y siguiendo su misma lógica, es necesario conquistar nuestra libertad y activar nuestro ánimo trayendo a nuestra memoria todo lo que el Señor ha hecho por nosotros. El primer paso en orden a la evangelización y el anuncio del Reino de Dios es la *conversión*. Una conversión del corazón y, como reclama el Papa Francisco, una conversión pastoral. Ambas son frutos de la gracia de Dios, fruto del Espíritu Santo que activa en nosotros la caridad. Por eso, como hacía el pueblo de Israel en los momentos de crisis y desolación, es bueno repasar las maravillas que Dios ha obrado a favor de su pueblo, comprobar una vez más la fidelidad de Dios y la grandeza de sus promesas. Al mismo tiempo, y como contraste, se pondrá de manifiesto nuestra dureza de corazón, la infidelidad de Israel y la multitud de nuestros pecados.

Tras el primer pecado de los orígenes Dios nos regaló una promesa. Es lo que llamamos el Protoevangelio por ser el primer anuncio del Mesías redentor, anuncio de un combate entre la serpiente y la mujer y de la victoria final de un descendiente de ésta: “Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre su linaje y el suyo; él te aplastará la cabeza y tú solo tocarás su calcañal” (*Gn* 3, 15).

a) La elección de Abraham e Israel

A esta promesa misteriosa siguió todo un tiempo en que Dios fue acompañando al hombre con distintos signos (*Gn* 4-11) hasta la vocación de Abraham a quien prometió que sería padre de un gran pueblo: “El Señor dijo a Abrán: sal de tu tierra,

de tu patria y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré. Yo haré de ti un gran pueblo [...] Por ti serán bendecidas todas las naciones” (*Gn 12, 1-3*). Abrán, a pesar de ser anciano y no tener hijos, confió en Dios y obedeció. Con este hecho comenzaba toda una historia de salvación en la que pondría de manifiesto una pedagogía muy particular: es Dios quien toma la iniciativa, Él es quien elige y se sirve de lo que “no es”, de la debilidad humana para poner de manifiesto su omnipotencia. De esta manera elige a Abrán y Saray, su mujer, que era estéril. Siempre la promesa de Dios es desproporcionada respecto a las posibilidades humanas. Por eso cuando nació Isaac, incomprensiblemente Dios pidió a Abraham que lo sacrificara (*Gn 22*). Era un modo de poner a prueba la fe de Abraham y de anticipar lo que culminaría en el sacrificio de su Hijo en la cruz. De este mismo modo Dios eligió a Jacob y no a Esaú (*Gn 27*) y con sus doce hijos nacerían las doce tribus que darían origen al pueblo de Israel (*Gn 29* y *Ex 1*).

Los hijos de Jacob crecieron en Egipto como un pueblo de esclavos sometidos por el poder del Faraón. Allí se multiplicaron y Dios, por puro amor, se fijó en ellos y suscitó a Moisés para librarles de la esclavitud (*Ex 3*). La elección de Israel es gracia de Dios: “El Señor se fijó en vosotros y os eligió, no por ser el pueblo más numeroso entre todos los pueblos, ya que sois el más pequeño de todos. Porque el Señor os amó y porque ha querido cumplir el juramento hecho a vuestros padres, os ha sacado de Egipto con mano poderosa y os ha librado de la casa de esclavitud, de la mano del faraón, rey de Egipto” (*Dt 7, 7-8*).

Moisés cumplió el encargo de Dios: “Dirás a Faraón: Así dice Yahvé: Israel es mi hijo y mi primogénito. Yo te digo: deja ir a mi hijo para que me dé culto” (*Ex 4, 22-23*). La liberación de Israel tenía como fin la Alianza y este acontecimiento sucedió a los cincuenta días de la salida de Egipto (la Pascua) en el monte Sinaí. Allí el Señor les regaló la Alianza que los constituía en un pueblo santo, consagrado a Yahvé: “Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”. El pueblo ratificó la Alianza diciendo:

“Cumpliremos todo lo que ha dicho el Señor y obedecemos. Moisés tomó la sangre y la derramó sobre el pueblo diciendo: esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros, mediante todas estas palabras” (*Ex* 24, 7-8).

b) El don de la Torah

Con la Alianza el Señor les regaló la Torah, la Ley, expresión de su voluntad y sabiduría para el pueblo. La Torah es del don por excelencia, el privilegio que hace de Israel el pueblo más sabio de todos los pueblos. La ley para Israel no es sin más un yugo pesado sino la expresión de la predilección de Dios que tiene como finalidad la vida, la posesión de una tierra de promisión: “Seguid en todo el camino que os ha mandado el Señor, nuestro Dios: de esta manera viviréis y seréis felices y serán largos vuestros días en la tierra que vais a poseer” (*Dt* 5, 33). Siguiendo su promesa y la fidelidad a la alianza el Señor le dio vencidas las batallas a Israel y lo introdujo en una tierra que, según la expresión bíblica, manaba “leche y miel”. La condición era mantener la fe en Yahvé como único Dios y la obediencia a la Torah. Todo lo demás era obra de la gracia, don y regalo: “Escucha Israel: el Señor nuestro Dios, es el único Señor. Ama al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba sobre tu corazón las palabras que yo te digo hoy” (*Dt* 6, 4-6).

La memoria de la alianza y la fidelidad a la Torah forman parte de la identidad de Israel y son la condición para continuar siendo el pueblo que tiene a Dios por heredad: “Cuando el Señor, tu Dios, te haya conducido a la tierra que juró dar a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, y te haya entregado en propiedad las grandes y prósperas ciudades que tú no levantaste, las casas llenas de toda suerte de bienes que tú no llenaste, las cisternas que tú no excavaste, las viñas y olivares que tú no plantaste, cuando hayas comido hasta saciarte, no te olvides del Señor que te sacó de Egipto, de la casa de esclavitud” (*Dt* 6, 10-12).

c) *La infidelidad de Israel. El valle de los huesos secos*

Todas las etapas de la vida de Israel se reproducen en el desarrollo de la vida espiritual de cada uno de nosotros y en el dinamismo y caminar de nuestras comunidades y parroquias. Como nosotros, Israel no fue fiel a la alianza y se contaminó sirviendo a otros ídolos y dioses. No siguió la voz de los profetas, olvidó la sabiduría de la Torah, desobedeció las palabras del Señor y conoció el exilio y el destierro donde volvió a vivir como un pueblo sometido y esclavizado. El destierro, como antes el caminar por el desierto hacia la tierra prometida, frente a todas las apariencias se convertirá en una bendición. Allí aprenderá Israel a volver el corazón a Dios y a constatar, tras la prueba, la mano poderosa de Dios.

El texto del Antiguo Testamento donde queda reflejada la situación límite del Israel infiel a la alianza es la visión de Ezequiel del valle de los huesos secos: “El Señor puso su mano sobre mí, me trasladó por medio de su espíritu y me dejó en medio de la vega, que estaba llena de huesos. Me hizo pasar por ellos en todas las direcciones. Era una cantidad inmensa a lo largo de la vega y estaban completamente secos [...] y me dijo: Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. Ellos andan diciendo: ¡Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, estamos perdidos para siempre!” (Ez 37, 1-2; 11). Esta situación en la que Israel constata que no tienen templo, ni sacerdotes, ni profetas se ha repetido muchas veces y se vuelve a repetir en la vida de las personas y en la historia de la Iglesia. Es el momento de “circuncidar el corazón” y hacer brotar de él un “sacrificio de alabanza”. Es la hora de escuchar la voz de los profetas que nos hablan en nombre de Dios y es la hora de detectar los signos de la salvación.

Israel, como San Pablo cuando constata la imposibilidad de realizar el bien (*Rm 7*), tiene que aceptar que la capacidad nos viene dada por Dios, es gracia, es redención del corazón. En la

visión del valle de los huesos secos Yahvé pregunta al profeta ¿podrán revivir estos huesos? (*Ez* 37, 3). Del mismo modo San Pablo viendo que hace el mal que no quiere, se pregunta: “¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (*Rm* 7, 24).

d) *La promesa de una nueva alianza*

La respuesta sería anunciada por el mismo profeta Ezequiel y por el profeta Jeremías. De este último son las siguientes palabras: “He aquí que vienen días –Oráculo de Yahvé – en que yo pactaré con la casa de Israel y con toda la casa de Judá una *nueva alianza*. No será como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto, pues rompieron mi alianza aunque yo era su Señor –Oráculo de Yahvé–” (*Jer* 31, 31-32). Del mismo modo el profeta Ezequiel anuncia una nueva situación con unas características totalmente nuevas: “Os tomaré de entre las gentes donde estáis, os recogeré de todos los países y os conduciré a vuestra tierra. Os rociaré con agua pura y os purificaré de todas vuestras inmundicias y de todas vuestras idolatrías. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos, observando y guardando mis leyes” (*Ez* 36, 24-27).

Los apóstoles y la primera comunidad cristiana conocían bien este anuncio de los profetas que lo vieron cumplido en Jesucristo y en la venida del Espíritu. Ahora, San Pablo ya podía responder a la pregunta que expresaba su drama interior: “gracias sean dadas a Dios por Jesucristo” (*Rm* 7, 25).

3. LA NUEVA ALIANZA Y EL DON DEL ESPÍRITU SANTO

La obra de la redención se inaugura con la venida del Hijo de Dios, nacido de una virgen por obra del Espíritu Santo. Siguiendo la pedagogía de Dios todo se inaugura por obra de la gracia y con una promesa que supera toda capacidad humana. La Virgen María, preparada por Dios sin pecado y llena de gracia (Cf. *Lc* 1, 28) concibió por obra del Espíritu Santo. Jesús comienza su misión llamando a la conversión: “se ha cumplido el tiempo y el reino de Dios está cerca. Convertíos y creed en el evangelio” (*Mc* 1, 15). Ahora no es Moisés, es Jesucristo, el Hijo de Dios, quien convoca a los primeros discípulos (Cf. *Mc* 1, 16-20) para reunir un nuevo pueblo con el que comenzar la obra de la redención. Como dirá san Juan: “la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo” (*Jn* 1, 17).

a) Jesucristo, mediador de la nueva alianza: su mensaje de conversión

Jesucristo es el mediador de la Nueva Alianza sellada con su sangre. La expresión “nueva alianza” que aparece por primera y única vez en el profeta Jeremías (Cf. *Jer* 31, 31), es retomada por Jesús en la última cena: “Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros” (*Lc* 22, 20). Jesucristo se ha encarnado, ha predicado y ha dado signos de que es el Hijo de Dios, el Mesías; ha muerto, ha resucitado y ha ascendido a los cielos para cumplir las profecías anunciadas por Jeremías y Ezequiel.

Como réplica del Sinaí, los apóstoles con María están reunidos en el cenáculo esperando la promesa del Señor: “Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días [...] recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros para que seáis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra” (*Hch* 1, 5.8).

b) Pentecostés: el don del Espíritu

Toda la obra de Jesús apuntaba hacia Pentecostés, hacia el don del Espíritu con lo que comenzaba el pueblo de la Nueva Alianza. Lo mismo que a la salida de Egipto (la Pascua) ahora, a los cincuenta días, en el cenáculo se cumplen las palabras de Ezequiel: “infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis preceptos” (Ez 36, 27). El Espíritu Santo es el fruto de la Pascua, es el don de una nueva ley interior que capacitará a los discípulos para seguir las palabras del Señor y para ser testigos de su resurrección. Se trata, no de una ley exterior que nos indica el bien pero no nos da fuerza para seguirlo, sino de una ley interior que capacita a nuestro espíritu para vivir en la voluntad de Dios. Ahora es cuando San Pablo, además de dar gracias a Dios por Jesucristo, puede decir: “Vivo, pero no yo, sino que es Cristo –en el Espíritu– quien vive en mí” (Gal 2, 20).

c) El verdadero discipulado–misionero

En Pentecostés nace la Iglesia y el verdadero discipulado. No hay discipulado sin cenáculo, sin el don del Espíritu Santo que nos conduce y nos lleva por el camino del seguimiento de Jesucristo. Todo lo que pedagógicamente realizó Jesús en su discipulado (vocación, seguimiento, vivir de Él escuchando su Palabra, formando su comunidad y siendo enviados) es ahora posible por el don del Espíritu Santo. El Israel comparado a un valle de huesos secos, por la acción del Espíritu, renace y es semejante a un ejército de combate. Así se prueba una vez más la omnipotencia de Dios y su fidelidad: “Me dijo el Señor: profetiza sobre esos huesos. Les dirás: huesos secos, escuchad la palabra de Yahvé. Así dice el Señor Yahvé a esos huesos. He aquí que yo voy a hacer entrar el espíritu en vosotros y viviréis. Os cubriré de nervios, haré crecer sobre vosotros la carne, os cubriré de piel, os daré un espíritu y viviréis: y sabréis que yo soy Yahvé (...) Profeticé como el Señor me había ordenado, y el espíritu

entró en aquellos huesos, que se reanimaron y se pusieron en pie. Era un ejército inmenso” (*Ez 37, 4 -6.10*).

Con la sangre de Cristo y el don del Espíritu se pone de manifiesto que Dios no abandona a su pueblo, es el Dios fiel. Al mismo tiempo sorprende hasta dónde llega su amor y la fuerza de su poder. El es capaz de hacer todo lo que dice. A los discípulos, reunidos en el cenáculo, la irrupción del Espíritu como un viento recio y como llamas de fuego los pone de pie en la plaza para anunciar el cumplimiento de las promesas. Jesús es el Mesías, el Señor (*Kyrios*) que ha muerto en la cruz, ha resucitado y nos concede el don del Espíritu y el perdón de los pecados: “Entonces Pedro, en pie con los once, les dirigió en voz alta estas palabras (...) Dios ha resucitado a Jesús, de lo que todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo, objeto de la promesa, lo ha derramado (...) Arrepentíos, y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesucristo para el perdón de vuestros pecados, entonces recibiréis el don del Espíritu Santo” (*Hch 2, 1.32-33; 36*).

El santuario mesiánico

La presencia del Espíritu Santo promueve la vida y el amor. Para considerar el vigor y la fuerza de esta vida conviene recordar otra imagen del profeta Ezequiel relacionada con el agua y el Espíritu. Se trata de una visión en la que el profeta describe el santuario o templo mesiánico signo de la comunidad mesiánica. Un hombre conduce al profeta a la entrada del templo: “Después me llevó a la entrada del templo. Allí, bajo el umbral del templo, brotaba agua en dirección este (...) Estas aguas se deslizaban de debajo del costado derecho del templo, al sur del altar. Me hizo salir por la puerta norte y dar la vuelta por fuera hasta la puerta exterior, que da al este y he aquí que las aguas corrían por el lado derecho” (*Ez 47, 1-3*). La Iglesia ha visto en esta imagen un anuncio de Cristo, el verdadero templo de cuyo costado manó sangre y agua, signo del Espíritu: “Al

llegar a Jesús y verlo muerto, no le quebraron las piernas; pero un soldado le traspasó el costado con una lanza y al punto salió sangre y agua” (*Jn* 19, 33). Del costado del nuevo Adán surge la nueva Eva, la Iglesia que es engendrada con el agua del Bautismo y la sangre de la Eucaristía. Es el Espíritu Santo que, como un río de agua viva, riega la comunidad de los hombres sanando y curando todas las heridas para formar un nuevo pueblo, la comunidad de los redimidos.

Según la imagen del profeta Ezequiel, el manantial del agua es abundante y crece el caudal que la conduce sanando todo lo que encuentra a su paso: “Era ya un torrente que no se podía atravesar, porque el agua había crecido hasta hacerse un agua de pasar a nado, un torrente que no se podía atravesar (...) Vi que a la orilla del torrente había gran cantidad de árboles, a ambos lados. Me dijo: esta agua va hacia la región oriental (...) desemboca en el mar, en el agua hedionda y el agua queda saneada. Por donde quiere que pasa el torrente todo ser viviente que en él se mueva, vivirá” (*Ez* 47, 5-9).

Tanto la visión del valle de los huesos secos como la imagen del agua del templo que llega hasta el mar muerto y lo sana anuncia con fuerza el don del Espíritu Santo, Señor y dador de vida como confesamos en el Credo. La Iglesia no olvida la fuerza de estas imágenes en ningún momento y recurre a ellas en los momentos de mayor dificultad para la fe y la evangelización. El modo concreto de ver los frutos del don del Espíritu Santo es volver a contemplar los orígenes de la Iglesia apostólica. Los mismos hombres que dudaron de Jesús, que lo abandonaron y llegaron a negarle cuando eran interrogados, ahora se nos muestran como un nuevo ejército al servicio de la evangelización. No tienen miedo, anuncian con sencillez y valentía lo que han visto y oído, están contentos de sufrir por Cristo y forman la comunidad mesiánica que se edifica, por gracia del Espíritu, sobre los cuatro pilares que recuerdan los Hechos de los Apóstoles: “Eran constantes en escuchar la enseñanza apostólica, en la comunión, en la fracción del pan y en

la oración (...) Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común” (*Hch* 2, 42-44). El mismo Espíritu que da la vida, que sana, que pone en pie a la Iglesia, que crea la comunidad, es el Espíritu de la libertad y de la santificación.

Libres para amar

Es particularmente San Pablo quien profundiza en estos dos aspectos. Ambos habían ocupado la predicación y la oración de Jesús (*Cf. Jn* 8, 31; *Jn* 17). En disputa con los fariseos Jesús les dice: “Si os mantenéis firmes en mi doctrina, sois de veras discípulos míos, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres” (*Jn* 8, 31). Para que seamos libres nos ha librado Cristo de la ley, del pecado y de la muerte. ¡Manteneos, por tanto, firmes! Es el grito de San Pablo (*Gal* 5, 1). Esta libertad viene del Espíritu: “porque no recibisteis un espíritu de esclavitud para recaer en el temor, sino que recibisteis el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace exclamar: ¡Abba! ¡Padre!” (*Rm* 8, 15).

Los discípulos de Jesús, conducidos por el Espíritu, llevan siempre como estandarte la libertad. Es una libertad que nos libera de nosotros mismos, de nuestras pasiones y vicios. Es la libertad que nace de un corazón limpio y purificado de los pecados. Es la libertad de corazón sano del que han desaparecido el egoísmo y todo tipo de idolatría. En definitiva es la libertad del Espíritu Santo que libera a nuestra libertad de toda esclavitud y la conduce por la senda de la verdad y el bien. Nuestra Iglesia necesita en estos momentos tomar conciencia de que “donde está el Espíritu, allí está la libertad” (*2 Cor* 3, 17). Una Iglesia libre es una Iglesia ligera de equipaje como la comunidad apostólica: “Todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma y nadie llamaba propia cosa alguna de cuantas poseían, sino que tenían en común todas las cosas. Los apóstoles daban testimonio con toda firmeza de la resurrección de Jesús, el Señor. Y todos gozaban de gran simpatía” (*Hch* 4, 32-33).

El contenido de la libertad que posibilita el Espíritu es el amor. Somos libres para amar; este es el horizonte permanente de la libertad. Es San Pablo una vez más quien nos ayuda a comprender que el Espíritu es la fuente de donde mana todo nuestro obrar cristiano. Jesús en su oración de despedida había pedido al Padre: “Santifícalos en la verdad: tu palabra es la verdad” (*Jn* 17, 17). Del mismo modo les había dicho a los apóstoles: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará a la verdad completa” (*Jn* 16, 13). La verdad completa como la vida eterna es el conocimiento de Dios que es Amor. Por eso el Espíritu Santo es espíritu de santificación y de amor. No en el sentido de que nos recordará el precepto del amor sino en el sentido de que es él quien obra en nosotros el amor que es la plenitud de la ley (*2 Cor* 3, 6). El Espíritu Santo nos hace partícipes de la santidad de Dios que es amor. No en el sentido, insisto, en que nos recuerda que debemos ser santos, sino que nos regala la santidad, la santificación que se expresa en el amor, raíz y quicio de la comunidad cristiana. Esta es la gran novedad de Pentecostés: el Espíritu Santo, que la liturgia llama el dedo de Dios, es el que graba la nueva ley del amor, no en tablas de piedra sino en nuestros corazones. Tanto es así que el apóstol San Pablo cuando se dirige a la comunidad de Corinto se expresa en estos términos: “Mi carta sois vosotros, carta escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres; pues es claro que vosotros sois una carta de Cristo redactada por mí y escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en vuestros corazones” (*2 Cor* 3, 2-3).

Los nuevos discípulos-misioneros, que reclama el Papa Francisco siguiendo el ejemplo de la comunidad apostólica, son aquellos que, conducidos por el Espíritu Santo, han sido alcanzados por el amor de Dios que los hace libres para proclamar con firmeza la resurrección de Cristo, anunciando por todas partes el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones (*Rm* 5, 5).

4. HEMOS CONOCIDO EL AMOR: LA NOVEDAD DEL EVANGELIO

La experiencia desde la que habla San Juan en sus cartas es que el amor viene de la iniciativa de Dios, es en primer lugar gracia recibida: “El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado a nosotros y envió a su Hijo para librarnos del pecado” (1 Jn 4, 10). Conocer el amor es algo que ocurre en nuestra vida parecido a lo que le ocurrió a aquel hombre que trabajando en un campo se tropezó con un tesoro escondido. Así lo cuenta Jesús: “El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo. Un hombre lo encuentra y lo vuelve a esconder. Y se va lleno de alegría, vende cuanto tiene y compra el campo aquel” (Mt 13, 44). Es tanta la fascinación que produce el tesoro escondido, es tanta la alegría que produce, que no se duda en vender todos los bienes para comprar el campo.

Esta decisión es la que reclama Jesús para sus discípulos, quienes han de encontrar en su llamada lo decisivo de su vida. Así lo contó Andrés a su hermano Simón Pedro después de haber estado con Jesús: “Hemos encontrado al Mesías (que significa el Cristo). Y se lo presentó a Jesús” (Jn 1, 41-42). Del mismo modo habla San Juan: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído. Dios es amor” (1 Jn 4, 16). Este amor es tan grande, es tanta la alegría que produce, que necesita ser comunicado. Así lo hace San Juan cuando nos invita a conocerlo para que nuestra alegría sea completa (1 Jn 1, 4).

Benedicto XVI resume de manera breve y clara lo que es y significa este amor: “La caridad es amor recibido y ofrecido. Es gracia. Su origen es el amor que brota del Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es amor que desde el Hijo desciende sobre nosotros. Es amor creador, por el que nosotros somos; es amor redentor por el cual somos recreados. Es el Amor revelado, puesto en práctica por Cristo (Cf. Jn 13, 1) y “derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Rm 5.5). Los

hombres destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad” (*Caritas in veritate*, 5).

a) *Clarificando el lenguaje*

Antes de considerar otros aspectos, conviene clarificar de qué amor estamos hablando. Desgraciadamente tanto los términos caridad como amor están distorsionados por un uso inadecuado del lenguaje. Cuando hablamos de amor hemos de hacer varias distinciones. Un primer nivel de la palabra “amor” se refiere a la complacencia o gusto de las cosas y personas. Es el nivel más bajo y se llama *amor de complacencia*. Un segundo nivel es lo que llamamos el deseo de algo o de alguien que me proporciona un bien para mí. Este deseo del bien suele llamarse *amor de concupiscencia*. El amor que hace salir de uno mismo para desear y procurar el bien para otro se llama *amor de benevolencia*. Cuando este bien es recíproco se habla de amistad. La relación de estos niveles o clases de amor es una relación de superación y perfección que integra y purifica el propio interés y el egoísmo. En el griego clásico y en el propio lenguaje bíblico se suelen emplear tres palabras: *eros*, *fileo* y *ágape*.

El más conocido es *eros* que es traducido habitualmente por el impulso amoroso, el arrebato que produce el bien presente en las personas y en las cosas. Es un amor ascendente, vehemente y posesivo. “El *eros*, degradado a puro ‘sexo’ se convierte en mercancía, en simple objeto que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía” (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 5 y 7). El término *fileo* viene a expresar el amor de benevolencia y amistad.

Lo que llamó la atención a los discípulos de Jesús y al universo bíblico es un modo de amor descendente y oblativo que expresaron con la palabra griega *ágape* que tradujeron al latín como *charitas* (caridad). Cuando San Juan llega a decir: “Dios es

ágape-charitas-Amor” (1 Jn 4, 16), está acuñando lo que será el signo de identidad de los cristianos: “queridos míos, amémonos los unos a los otros porque el amor es de Dios; y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor-ágape” (1 Jn 4, 7-9). Este amor que perdona siempre y se extiende a los enemigos no procede de nuestras fuerzas, es de Dios y sólo lo podemos recibir por participación. Por eso resulta curioso constatar que cuando Jesús, después de haber sido negado por Pedro tres veces, le vuelve a preguntar tras la resurrección: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas (ágape) más que estos?” (Jn 21, 15); Pedro no puede responder con la misma palabra ágape-amor, sino que responde con la palabra *fileo* (amor de amistad y benevolencia). Es lo único que está al alcance de Pedro: “Sí, Señor, Tú sabes que te amo-fileo” (*Ibid.*).

Nos encontramos, pues, en el núcleo de la identidad cristiana, en lo específico cristiano. Por eso cuando hablamos de amor entre los cristianos no nos referimos al mundo de las emociones, instintos o sentimientos. Estos no sobran, pero necesitan ser encauzados y purificados. Cuando hablamos de amor –ágape o caridad– nos referimos a la vida de Dios. Por eso la caridad es una virtud teologal que procede de Dios. Es una nueva disposición y capacidad de amor que se une a nuestra voluntad y nos capacita para amar como hemos sido amados por Dios en Jesús: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Que *como* yo os he amado, así también os améis unos a otros” (Jn 13, 34).

Es mirando a Jesús clavado en la cruz como podemos aprender lo que es el amor cristiano. Este amor no puede ser más que gracia, un don del Señor. Así lo entendieron San Juan, San Pablo y los primeros cristianos después de Pentecostés. La primera condición para alcanzar este amor es reconocer nuestros pecados y la necesidad de purificar el corazón: “Dios es luz y en Él no hay tinieblas. Si decimos que estamos unidos a Él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad;

pero si andamos en la luz, como Él está en la luz, entonces estamos unidos unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no decimos la verdad. Si confesarnos nuestros pecados, Dios que es justo y fiel, nos perdona nuestros pecados y nos purifica de toda injusticia” (1 Jn 1, 5-9).

Purificado nuestro corazón de los pecados, renacemos por el Bautismo y la Penitencia a la vida de Dios. El Bautismo es un renacer, un cambio ontológico que nos introduce en la vida de Cristo y en el amor de la Trinidad. Sólo después de decir San Pablo: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu que se nos ha dado” (Rm 5, 5), puede afirmar el apóstol: “Para mí la vida es Cristo” (Fil 1, 21).

Al contemplar este amor descendente y oblativo que nos introduce en la corriente de amor trinitario, no conviene separarlo tanto del amor entendido como *eros* que acabemos por producir una escisión total entre lo divino y lo humano. Es esta una advertencia que nos hace Benedicto XVI en su Carta encíclica *Deus caritas est*. El amor-*ágape* no anula el *eros* sino que lo purifica y eleva. Siendo teologal la caridad y promoviendo un “nuevo ser” en los bautizados, este amor integra todo lo humano y lo purifica: “En realidad, *eros* y *ágape* –amor ascendente y amor descendente– nunca llegan a separarse completamente. Cuanto más se encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el *eros* inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente –fascinación por la gran promesa de felicidad–, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará «para» el otro. Así, el momento del *ágape* se inserta en el *eros* inicial; de otro modo se desvirtúa y pierde su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar

únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto –como nos dice el Señor– que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (Cf. *Jn* 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios” (Cf. *Jn* 19, 34) (*Deus caritas est*, 7).

Así pues, cuando nos referimos a la caridad hacemos referencia al amor de Dios que hemos conocido en Jesucristo y que, por pura gracia, Dios nos hace participar para que nuestra capacidad de amar quede purificada y agrandada.

b) El Espíritu como don y los dones del Espíritu Santo

Llegados a este punto es necesario aclarar la acción del Espíritu Santo en la vida de los cristianos. La referencia para conocer esta acción es contemplar la vida de Cristo. Es el Espíritu Santo quien actúa en la Encarnación del Hijo de Dios (Cf. *Lc* 1, 35). Es Él quien en el Jordán lo habilita para la misión mesiánica (*Lc* 3, 22), lo sostiene en el desierto (Cf. *Lc* 4, 1), actúa en Jesús los milagros del Padre y, sobre todo, está en el origen del sacrificio de Cristo en la cruz. “Efectivamente, la caridad del corazón de Cristo, gracias a la cual su muerte se convierte en sacrificio perfecto de la Nueva Alianza es la expresión humana de su relación con el Padre en el Espíritu Santo” (C. Caffarra, *La vida en Cristo*, 31).

La acción del Espíritu en la vida de Cristo se reproduce en la vida cristiana de los bautizados. Por el Bautismo y, sobre todo, por la Eucaristía, cada cristiano vive en Cristo y posee la capacidad permanente de amar como Cristo que se ha dado a sí mismo de un modo incondicionado e ilimitado. El amor de la cruz que se actualiza en la Eucaristía es participado por el cristiano como un nuevo dinamismo del Espíritu que le lleva a vivir como Cristo, es decir, que pueda amar entregándose como

Él de un modo incondicionado e ilimitado. Esta es la caridad, superior a la fe y a la esperanza, que vivifica y es forma de las demás virtudes. La misma caridad que ha puesto Dios en Cristo, es la que es difundida en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo (*Rm* 5, 5). Nuestra inserción en Cristo por medio del Bautismo, nuestro renacer muestra toda su verdad a la luz del don del Espíritu. Ser en Jesucristo significa, en definitiva, que la persona humana es movida, en su libre decisión, por el mismo Espíritu de Jesús y, por tanto, en ella es el mismo Jesucristo quien vive en su donación incondicionada e ilimitada (*Cf. Ibíd.*, 32).

Siempre nos queda la duda de que la acción del Espíritu Santo en nosotros queda medida y reglada por nuestra realidad humana. Por eso, la tradición cristiana ha afirmado la existencia, para el que vive en Cristo, de “una disponibilidad al Espíritu que ya no está conmensurada por el hombre. Es decir, una disponibilidad que no solamente hace que la vida en Cristo se adapte a nosotros, sino que nosotros nos adaptamos y nos proporcionemos a Cristo, la medida de cuyo Amor es desproporcionado y sin medida. Esta capacidad presente en el hombre que vive en Cristo es llamada *don del Espíritu Santo*. Mejor aún, dones, puesto que son siete, según una larga tradición inspirada en Isaías (11, 2): *sabiduría, inteligencia, consejo, ciencia, piedad, fortaleza y temor de Dios* (*Cf. Ibíd.*, 178). Los dones del Espíritu son, pues, disposiciones permanentes, presentes en la persona humana que vive en Cristo, que le hacen dócil a los impulsos del Espíritu Santo (*Cf. Catecismo de la Iglesia Católica*, 1830).

La presencia del Espíritu en la vida del cristiano no se reduce a recordar el mandamiento nuevo del amor, sino a ser principio de un nuevo obrar: la caridad. El Espíritu Santo nos regala el mismo amor de Cristo. Si el amor de Cristo no fuera primero un don que recibimos, ¿cómo podría pedirnos que nos amáramos unos a otros *como* Él nos ha amado? ¿Acaso el amor puede ser mandado? El mandamiento nuevo del amor quedaría

reducido a un precepto, y por tanto a una carga más exigente, si no comprendiéramos que las palabras de Jesús suponen el cumplimiento de la profecía de Ezequiel: “arrancaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne e infundiré mi Espíritu en vosotros” (*Ez 36, 27*).

Esta presencia del Espíritu Santo con sus siete dones produce según el apóstol San Pablo una serie de *frutos* (*Cf. Gal 5, 22-23*). Los frutos del Espíritu, como explica el Catecismo de la Iglesia Católica son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad” (*CIC, 1832*).

c) Las características del amor-caridad

Es precisamente San Pablo que viene del judaísmo, de la observancia de la ley y de las obras, el que después de su conversión explica hasta el último detalle las características de la caridad y la preeminencia de ésta respecto de la fe y la esperanza. San Pablo viene de la experiencia de que no podía con sus solas fuerzas cumplir la ley ni “circuncidar el corazón” como reclamaban los libros sagrados (*Dt 10, 16*). Basta recordar su grito de impaciencia contenido en su carta a los Romanos: “¡Desdichado de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (*Rm 7, 24*). San Pablo, tras el encuentro con el Resucitado camino de Damasco, comprendió que era necesaria una intervención personal de Yahvé, una renovación interior que solo Dios podía realizar. Para San Pablo la novedad del Evangelio, la Buena Noticia, es la persona misma de Jesucristo, mediador de la Nueva Alianza que consiste en el don del Espíritu de Dios que nos “circuncida el corazón”, que nos capacita para amar con su Amor.

San Pablo no se cansa de explicar su conducta en el judaísmo (*Cf. Gal 1, 13 ss*) y cómo cambió todo cuando “Dios

me llamó por su gracia, y me dio a conocer a su Hijo para que yo lo anunciara entre los paganos” (*Gal 1, 15*). “Cristo, continúa diciendo San Pablo, nos liberó de la maldición de la ley, haciéndose maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros, como dice la Escritura: maldito el que está colgado de un madero, para que la bendición de Abraham hecha en Cristo Jesús se extendiese a todas las naciones, a fin de que, mediante la fe, recibiésemos el Espíritu prometido” (*Gal 3, 13-14*).

Hecha vida esta experiencia de novedad del Evangelio, San Pablo entona el canto más hermoso a la caridad, en el que desgrana todas sus características que merecerían un estudio detallado de cada una de ellas (*1 Cor 13*). Lo más importante es subrayar que la caridad (amor-ágape) es el Amor de Dios que nos es infundido por el Espíritu Santo. La caridad es, por tanto, la plenitud de la ley, el centro de la vida cristiana y la identidad de la comunidad de los discípulos. Por eso, la Eucaristía que edifica la comunidad cristiana recibe el nombre de *Ágape*.

La caridad es la raíz y la forma de las demás virtudes. Sin la caridad todo el edificio se viene abajo porque le falta el fundamento: la vida de Dios (ágape) participada por el Espíritu. Por eso, el apóstol San Pablo comienza el himno a la caridad de esta manera solemne: “Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor (ágape), no soy más que una campana que toca o unos platillos que resuenan. Aunque tenga el don de la profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tenga tanta fe que traslade las montañas, si no tengo amor (ágape) no soy nada. Aunque reparta todos mis bienes entre los pobres y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor (ágape) de nada me sirve” (*1 Cor 13, 1-3*).

La fuerza y la belleza de este exordio no pueden llevarnos a confusión. No se trata de algo que esté en nuestra capacidad humana. Así lo han de entender aquellos que ven en el inicio de su matrimonio este amor como su máximo deseo. No se trata del amor romántico que exacerba el sentimiento amoroso. No se trata de un mero sentimiento. Es mucho más y ha de hacerse de

él objeto de súplica. Es el Amor mismo de Dios, su vida que desciende a nosotros con el don del Espíritu. En el contexto de la celebración de unas bodas éste es el verdadero regalo para los prometidos. El sacramento del matrimonio contiene una efusión especial del Espíritu que les regala el mismo Amor de Dios, la ágape divina, el amor de la alianza sellada con la sangre de la cruz. Así se pueden comprender las palabras del Evangelio: “Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre” (*Mt* 19, 5). En el contexto más amplio de la vida cristiana significa que la caridad (ágape) es la plenitud de la ley (*Gal* 5, 14). Si la fe nos comunica la vida de Dios que es Amor, esta vida debería tener en nosotros las mismas manifestaciones que tuvo en Jesús: “como Yo os he amado” (*Jn* 13, 44). Estamos, pues, en las antípodas del naturalismo, del moralismo, del sentimentalismo y de la filantropía. La fe, que por gracia nos introduce en la vida de Cristo, y el amor forman una síntesis que especifica la vida cristiana: la fe que obra por el amor (ágape), la fe que expresa la vida de Dios comunicada a nosotros por el Espíritu.

Más que todos los carismas y dones, más que toda la ciencia y el conocimiento, la caridad dada por Dios es la identidad del cristianismo y el camino de la comunidad cristiana. La caridad es el don de Dios indispensable, siempre presente en la vida cristiana y que no cesará con la muerte. Esta es la “vía nueva” (*Hb* 10, 20) de la verdad, de la vida y de la salvación, reservada a los discípulos de Cristo. No se puede ser cristiano sin el don de la caridad, único camino del reino celeste. Los extremos de generosidad y el darse incluso a las llamas eran temas literarios conocidos en la antigüedad. Sin embargo, aquí se trata de la novedad de Jesucristo, de la presencia del Espíritu que, más allá de las obras exteriores, engendran un hombre nuevo a la medida de Jesucristo. Solo así se comprenden las características de la caridad que enumera el apóstol (*1 Cor* 13, 4-7).

Al modo de las Bienaventuranzas, que dibujan el interior de Jesús (*Mt* 5, 3-11) y son la expresión de su “alma”, las

características de la caridad muestran su vida y modo de actuar: “El amor (ágape) es paciente, es servicial, el amor no tiene envidia, no es presumido ni orgulloso, no es grosero ni egoísta, no se irrita, no toma cuenta del mal; el amor no se alegra de la injusticia; se alegra de la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. La caridad no pasa jamás” (*Ibid.*).

Repasando estas características hemos de situarnos en su verdadero sujeto que no es otro que Jesucristo. Él es el icono de la caridad. La caridad del cristiano no es un amor salido de la carne y de la sangre. La realidad humana y sus dinamismos son integrados en un dinamismo divino, dado por Dios (Espíritu) y que es una participación del Amor mismo de Dios. Es lo que explica el carácter teologal de la caridad.

d) El objeto de la caridad

De las consideraciones anteriores se puede concluir que la caridad es una “virtud teologal” (dinamismo divino) infundida por Dios en la voluntad, por la cual el justo ama a Dios por sí mismo con amor de amistad sobre todas las cosas y a sí mismo y al prójimo por Dios (*Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1822*).

El amor va dirigido en primer lugar a Dios. Así lo recuerda el Deuteronomio: “Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: Ama a tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (*Dt 6, 4*). En esta afirmación se contienen dos elementos importantes: que realmente todos los dioses no son Dios y que toda la realidad en la que vivimos se remite a Dios, es creación suya. Siendo, pues, el autor de toda la realidad se deduce que la ha querido, que la ha “hecho”. Y así se pone de manifiesto el segundo elemento importante: este Dios ama al hombre. Ese amor, dice Benedicto XVI, puede ser calificado como *eros* que, no obstante es también totalmente *ágape* (*Cf. Deus caritas est, 9*).

Amar a Dios según el Deuteronomio significa esencialmente fidelidad a Dios y obediencia a su ley, temer a Dios, seguir todos sus caminos, amarlo y servirlo con todo el corazón y con toda el alma; guardar los mandamientos de Yahvé (*Dt* 10, 12-13) y circuncidar el corazón (v. 16). Después de haber recordado que Yahvé no acepta sobornos y no hace acepción de personas, el Deuteronomio concluye: “Ama, pues, al forastero, a ejemplo de vuestro Dios que os amó del mismo modo cuando erais forasteros en el país de Egipto” (v. 19). Lo mismo encontramos en la ley de santidad del Levítico: “Si un extranjero se establece en vuestra tierra, en medio de vosotros, no le molestarás; será para vosotros como un compatriota más, y lo amarás como a ti mismo, pues también vosotros fuisteis extranjeros en Egipto” (*Lv* 19, 33).

Constatamos, pues, una unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento que resume toda la ley en el amor a Dios y al prójimo (*Cf. Mt* 7, 12; *Gal* 5, 14). Como explica Benedicto XVI: “La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Jesucristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito. (...) En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo ayuda a comprender que Dios es amor. (...) Y desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (*Deus caritas est*, 13).

La razón por la que hemos de amar a Dios más que a todas las cosas deriva de su misma Bondad que ha manifestado como Creador, Padre y Redentor. Así lo expresamos en la oración penitencial “*Señor mío Jesucristo*”. En ella decimos que nos pesa haberos ofendido “por ser vos quien sois, Bondad infinita”. Verdaderamente, viendo en el Crucificado la imagen del Amor de Dios, nadie –por malvado que sea y aunque esté rota su vida– puede considerarse excluido del amor de Dios. De la misma manera, viendo al Crucificado es cuando podemos

tomar conciencia de la malicia de nuestros pecados, incluidos los más leves o veniales. Ahora comprendemos la radicalidad de Jesús: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá y el que la pierda por mí la encontrará” (*Mt* 10, 37-39).

Para amar de este modo a Dios, a quien hemos visto en Jesucristo, es necesario nacer de Dios y participar de su amor. Así nos lo enseña San Juan: “Porque el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” (*1 Jn* 4, 7). Nacemos a la vida de Dios por el Bautismo y la Eucaristía nos hace participar del amor de la cruz. Escuchamos a Benedicto XVI: “Jesús ha perpetuado su acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (*Cf. Jn* 6, 31-33). (...) La eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega” (*Deus caritas est*, 13).

El mandamiento nuevo de Jesús “amaos los unos a los otros como yo os he amado” (*Jn* 13, 34), aunque en continuidad con el Deuteronomio y el Antiguo Testamento, presenta una novedad. Es la novedad de la gracia y de la caridad que, teniendo un fundamento cristológico-sacramental, manifiestan todo el esplendor del amor al prójimo. Este amor, como ocurría en la mayor parte del judaísmo, no se limita a los propios conciudadanos, también va dirigido a los enemigos (*Cf. Mt* 5, 43-45). Es un amor que está llamado a llegar hasta donde llega el amor de Dios, es decir, hasta dar la vida como Cristo en la cruz. Finalmente hay que destacar la insistencia en afirmar que el amor al prójimo resume toda la ley. Así lo anuncia San Mateo: “Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros, porque ésta es la ley y los profetas” (*Mt* 7, 12).

Del mismo modo se expresa San Pablo: “toda la ley alcanza su plenitud en este sólo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Gal 5, 15*); el amor al prójimo es “la ley en su plenitud” (*Rom 13, 8-10*). San Juan, destaca que la respuesta al amor de Dios, que nos ha amado primero (*Cf. 1 Jn 4, 10*), es el amor entre nosotros: “Queridos míos, si Dios nos ha amado de este modo, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros. Jamás ha visto nadie a Dios. Si nos amamos los unos a los otros, Dios está en nosotros y su amor en nosotros es perfecto (...). Si alguno dice que ama a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso. El que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve. Este es el mandamiento que hemos recibido de Él: que el que ame a Dios, ame también a su hermano (*Cf. 1 Jn 4, 11-12; 20-21*).

Comenta Benedicto XVI: “En efecto, nadie ha visto a Dios en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero (*1 Jn 4, 10*) y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues «Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él» (*1 Jn 4, 9*). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (*Cf. Jn 14, 9*). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia... en la acción de los Apóstoles... en la Palabra, los sacramentos... en la Liturgia... en la oración... en la comunidad..., etc. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero: por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este «antes» de Dios puede nacer en nosotros el amor como respuesta” (*Deus caritas est, 17*).

No existe pues una contraposición entre el amor a Dios y al prójimo. La caridad brota de su fuente que es el amor de Dios, no es mera filantropía. El amor a Dios es la fuente de donde mana el amor al prójimo: “Como yo os he amado” (*Jn 13,34*). El

amor al prójimo es un camino para encontrar también a Dios. Cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios (*Ibíd.*, 16). “En Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o que ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo (...). Al verlo con los ojos de Cristo puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo” (*Ibíd.*, 18).

e) *El carácter social del amor-caridad*

Al darnos una identidad nueva, la caridad afecta a todas nuestras relaciones, a la relación con nosotros mismos, a la relación yo-tú y a las relaciones sociales. Por eso podemos hablar de caridad social y política. La dimensión social de la caridad tiene también una raíz sacramental. Así lo explica Benedicto XVI: “La ‘mística’ del sacramento de la Eucaristía tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: «El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan» (1 Cor 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán” (*Deus caritas est*, 14).

Benedicto XVI todavía da un paso más: “La caridad, dice, es la vía maestra de la Doctrina Social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina provienen de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda la ley (*Cf. Mt 22, 36-40*). Ella da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es

sólo principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, sino también de las macro-relaciones sociales, económicas y políticas. Para la Iglesia –aleccionada por el Evangelio– la caridad es todo porque como enseña San Juan (*1 Jn 4, 8.16*): Dios es caridad. Todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella, y a ella tiende todo. La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y es nuestra esperanza” (Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 2).

Finalmente hemos de reparar en que el mismo Espíritu que alienta el caminar de cada persona vinculada a Cristo por el Bautismo alienta también el caminar de la Iglesia y de cada comunidad eclesial. La caridad es, sin duda alguna, la que identifica a la Iglesia, cuerpo de Cristo. Por eso, “el amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial; y esto en todas las dimensiones desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor” (*Deus caritas est*, 20).

f) El orden de la caridad

Ya que la caridad va referida a varios objetos (Dios, nosotros mismos, el prójimo, etc.) es necesario observar un orden. Es lo que clásicamente se llama el “ordo charitatis”. Este orden de la caridad depende de la bondad del objeto y de su vinculación con la eterna bienaventuranza que es el fin último al que deben ir orientadas todas nuestras acciones. Desde estos presupuestos se deduce que hemos de amar a Dios en absoluto y sobre todas las cosas, incluso más que a nosotros mismos. En segundo lugar debemos amar por Dios nuestro bien espiritual y el bien espiritual de los prójimos más que los bienes corporales o materiales. En la jerarquía de los prójimos hemos de distinguir también a los santos que nos llevan a Dios, a los familiares, sobre

todo los padres, los bienhechores, los pobres y todos en general, incluidos los enemigos y los que procuran dañarnos.

En definitiva, se trata de ordenar la vida cara a Dios, buscando y prefiriendo aquello que *más* nos acerque a Él. En este amor (caridad) conviene también distinguir entre el orden objetivo del bien y la resonancia afectiva de la acción. Lo que se nos pide es un amor objetivo y apreciativo que vincula la voluntad al bien máximo (Dios) y al bien en vistas a la bienaventuranza eterna. La intensidad subjetiva, afectiva o sentimental no va siempre en consonancia con la bondad del objeto de la caridad. En ese sentido se puede experimentar mayor intensidad afectiva por la cercanía de las personas o sus cualidades. Sin embargo, siendo excelentes los sentimientos, no son suficientes para valorar el bien objetivo. Incluso puede ocurrir que sintamos aversión hacia las personas a las que debemos amar (por heridas, traiciones, daños que nos han causado, etc.) y lo que se nos pide no es una cierta intensidad afectiva, sino la elección siempre del bien objetivo y el no desear el mal. Por eso hay que alimentar el amor acudiendo a las fuentes de donde brota: los sacramentos, la oración y el trato asiduo con Dios y su Palabra. Sólo así podremos amar ordenadamente y perdonar.

g) Justicia, caridad y misericordia

Es frecuente escuchar en algunos ambientes, promovida por ciertas ideologías, una oposición entre justicia y caridad. Por eso Benedicto XVI aclara que “toda sociedad elabora un sistema propio de justicia. *La caridad*, sin embargo, *va más allá de la justicia*, porque amar es dar, ofrecer de lo ‘mío’ al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es ‘suyo’, lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar: no puedo ‘dar’ al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde (...). Por otro lado, la caridad supera la justicia y la completa siguiendo la lógica de la entrega y el perdón. La «Ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de

derechos y deberes, sino antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión” (*Caritas in veritate*, 8).

Lo mismo cabe añadir respecto de la misericordia (poner el corazón en la miseria del otro). La misericordia tiene su raíz en la caridad, es un fruto de la misma. Como virtud especial nos inclina a tener compasión por las miserias y desgracias del prójimo procurando remediarlas. A la misericordia se la considera como la virtud por excelencia de cuantas se refieren al prójimo y es el modo excelente en que Dios manifiesta su omnipotencia compadeciéndose de nuestros males y de nuestras necesidades (Santo Tomás, II-II 30, 1-4).

La Sagrada Escritura está llena de llamadas a la misericordia divina y a la misericordia como modo de vivir los fieles. Recordemos el salmo penitencial que se inicia con esta súplica: “Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa” (*Sal* 50, 1). O las llamadas contenidas en el Evangelio: “Pues prefiero la misericordia al sacrificio, y el conocimiento de Dios al holocausto” (*Mt* 12, 7); “sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (*Lc* 6, 36); “bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (*Mt* 5, 7).

Siendo la misericordia compasión de la miseria ajena, busca como objeto remediarla. Por tanto, no se reduce a la simple tolerancia que deja las cosas como están. La misericordia conduce a amar a la persona y lo manifiesta procurando siempre el bien posible. En Dios la misericordia es sanante y, yendo de la mano de la justicia, ofrece todos los medios para la sanación de la persona en la perspectiva de la bienaventuranza eterna. Así lo manifiestan las parábolas de la misericordia: la oveja perdida, el hijo pródigo (*Cf. Lc* 15), el buen samaritano (*Cf. Lc* 10, 30-37), o la mujer adúltera (*Cf. Jn* 8, 1-11). La misericordia no es incompatible con la justicia sino que es su perfección y coronamiento. Podemos decir que la suma perfección de Dios es su amor misericordioso que sana, cuya justicia es salvífica. Por eso, después de sanar el corazón de la mujer adúltera con el don

del perdón: “Tampoco yo te condeno” (*Jn* 8, 11) le dijo: “vete, y no peques más” (*Ibíd.*).

En la catequesis cristiana, partiendo de los textos de Isaías 58, 6-7; *Hb* 13, 3, etc., se han sistematizado las llamadas *obras de misericordia*, que “son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales: instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras de misericordia como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (*Cf. Mt* 25, 31-36). Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres (*Cf. Tb* 4, 5-11; *Si* 17, 22) es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna, es también una práctica de justicia que agrada a Dios (*Mt* 6, 2-4)” (*CIC* 2247).

5. EL QUE ME AMA GUARDARÁ MIS MANDAMIENTOS

Según las enseñanzas de San Juan, la caridad (ágape) y los mandamientos van unidos. Así lo expresa tanto en el evangelio como en sus cartas: “Sólo permaneceréis en mi amor, si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he obedecido los mandamientos de mi Padre” (*Jn* 15, 10); “el que conoce mis mandamientos y los guarda, ése me ama” (*Jn* 14, 21); “en esto conocemos que amamos a los hijos de Dios; en que amamos a Dios y guardamos sus mandamientos. Porque el amor de Dios consiste en guardar sus mandamientos” (*Jn* 5, 2-3); “sabemos que le conocemos (a Dios) en que guardamos sus mandamientos. El que afirma que le conoce, pero no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero el que guarda su Palabra, verdaderamente es perfecto en él” (*1 Jn* 2, 3-5).

a) Palabras de vida y libertad

Los mandamientos o las palabras del Señor son nuestra vida. No son algo extrínseco a nosotros que desde fuera expresan un poder despótico que aplasta o subyuga nuestra libertad. Seguir los mandamientos del Señor no nos hace seguir una moral de esclavos, sino que nos posibilita alcanzar la verdadera libertad. La razón es muy sencilla. Los mandamientos del Señor son palabras de vida y libertad porque no se añaden a nuestro ser persona sino que explicitan los bienes de la persona. Son los contenidos del bien que la Sabiduría creadora de Dios ha puesto en nuestro ser. Por eso los mandamientos son como las autopistas de la libertad que la orientan para alcanzar el bien y los bienes de la persona. Hay otra razón todavía más poderosa y es que en la nueva alianza el Espíritu Santo nos capacita para cumplirlos. El Espíritu del Señor es el Espíritu de la libertad que nos hace libres y no esclavos: “Porque no recibisteis el espíritu de esclavitud para recaer en el temor” (*Rom* 8, 15). Donde está el Espíritu está la libertad, que tiene como contenido el amor y sus caminos son los mandamientos, las palabras del Señor.

Así ocurrió en la Antigua alianza. Yahvé sacó de la esclavitud al pueblo de Israel por medio de Moisés. Les regaló la Alianza y les concedió la identidad de “pueblo de Dios”. Los mandamientos siguen a la alianza y manifiestan la propia identidad de Israel. Para mantenerse como un pueblo libre, para vivir como un “pueblo santo” han de seguir las palabras del Señor. El Decálogo (las diez palabras del Sinaí escritas en tablas de piedra) es el gran don que hará perdurar la libertad alcanzada y custodiará el amor de Yahvé. Por eso los llamados “diez mandamientos”, tanto en la versión del libro del Éxodo como en el Deuteronomio, vienen precedidos por un prólogo que explica el sentido de las diez palabras para la vida y la libertad: “Yo, Yahvé, soy tu Dios, que te ha sacado de Egipto, de la casa de la esclavitud” (*Ex* 20, 1; *Dt* 5, 6). El Decálogo (los diez mandamientos) son una respuesta a un Tú (a Dios), a Alguien que ha mostrado su amor y su misericordia salvadora. No son una norma abstracta, ni algo extrínseco a la persona o al pueblo. Indican los bienes de la persona, expresan su ser, su identidad y dan contenidos a la libertad para alcanzar la vida y la felicidad. Su contexto es la alianza ofrecida por Dios. Así queda de manifiesto en el libro del Éxodo: “Yo mantengo mi fidelidad por mil generaciones a todos los que aman y guardan mis mandamientos” (*Ex* 20, 6). En el Deuteronomio se indica el mismo contexto de la alianza y se pone en relación el guardar los mandamientos con la posesión de la tierra prometida, con la vida y la felicidad: “Seguid en todo el camino que os ha mandado el Señor; de esta manera viviréis y seréis felices y serán largos vuestros días en la tierra que vais a poseer” (*Dt* 5, 33).

El pueblo de Israel ratificó la alianza ofrecida por Yahvé, “Cumpliremos todo lo que ha dicho el Señor y obedeceremos. Moisés tomó la sangre y la derramó sobre el pueblo diciendo: esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros mediante estas palabras” (*Ex* 24.7-8). A pesar del don de la alianza y las palabras de vida, Israel no fue fiel y constató su incapacidad para vivir en la voluntad de Dios.

b) *El Decálogo en la Nueva Alianza*

Cumplidas las promesas de la redención y con el don del Espíritu Santo las palabras que están escritas en tablas de piedra ahora han sido grabadas en el corazón con la infusión de la caridad. El Decálogo, ratificado por Cristo (*Mt* 19, 15-19) y llevado a plenitud (*Mt* 5-7) es, en el contexto de la nueva alianza, la exigencia fundamental de la caridad y su orden necesario. “La aceptación por parte de la Iglesia de los diez mandamientos tiene el significado del cumplimiento de su historia, iniciada con la creación y continuada en el Sinaí, dirigida toda hacia su cumplimiento en la caridad de quien vive en Cristo” (Cf. Caffarra, *La vida en Cristo*, 211).

Los diez mandamientos contienen a la vez la sabiduría creadora de Dios y el despliegue concreto de la gracia de la regeneración, las exigencias de la caridad. Mirados desde Dios son la expresión de los bienes que ha puesto en aquel que ha creado a su imagen. Mirados desde nosotros son la manifestación de nuestro ser y la respuesta amorosa a nuestro creador y redentor. Escritos simbólicamente en dos tablas señalan por una parte las exigencias de la caridad respecto de Dios y la exigencia de la caridad respecto del hombre. Así lo enseña el Catecismo: “Los diez mandamientos enuncian las exigencias del amor de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete al amor del prójimo” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2067).

Con lo que hemos dicho hasta ahora debe quedar claro que los mandamientos de Dios no son cargas insostenibles o un yugo impuesto arbitrariamente por Moisés en su tiempo o por la Iglesia en nuestra vida. Son palabras de vida y de libertad hechas posibles por el Espíritu que habita en nosotros, son expresiones del amor de Dios. Desde esta perspectiva podemos entender en toda su plenitud las palabras del Deuteronomio: “Yo pongo delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Elige la vida, para que vivas tú y tu descendencia, amando al

Señor tu Dios, obedeciéndole y estando unido a Él. Así está tu vida y tu supervivencia en la tierra que el Señor juró dar a tus padres Abraham, Isaac y Jacob” (*Dt* 30, 19-20). Esta tierra prometida es la gracia de Dios que hemos alcanzado por el Bautismo. Es la condición de hijos de Dios conseguida por la sangre de Cristo, es la caridad que brota del Bautismo y de la Eucaristía y nos hace entrar en el descanso del Señor. Con esta luz comprendemos mejor las palabras de Cristo: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (*Mt* 11, 28-29).

Los mandamientos del Señor, sus palabras, son espíritu y vida, son el verdadero descanso del alma. Así lo canta el salmo 118 y así lo vemos anunciado por Jesús. El yugo del Señor es su amor derramado en nuestros corazones (*Rom* 5, 5), la carga de sus mandamientos es ligera porque nos ha regalado con el Espíritu la comunión con su voluntad. Es la voluntad del Señor nuestro descanso porque nos regala el bien y la posibilidad de alcanzarlo. En la voluntad del Señor están nuestras delicias (*Sal* 118, 24) y sus mandamientos son los cauces del bien y de la felicidad (*Sal* 118, 14).

El Decálogo es revelación de Dios, es don para todos los tiempos porque manifiesta la verdadera humanidad del hombre (*CIC*, 2020). El pueblo de Israel mantuvo la memoria de estas diez palabras guardando las dos tablas de la ley en el arca de la alianza y celebrando el don de la ley litúrgicamente en la fiesta de Pentecostés uniendo culto y ethos o moral.

María es el Arca de la nueva alianza que contuvo en su seno a la Palabra en la que se manifiesta toda la voluntad de Dios. Esta Palabra encarnada continúa presente de manera sacramental y gloriosa en la Eucaristía y se ha hecho comida para todos nosotros. De esta manera llegamos a la síntesis del culto y la vida en Cristo hecho posible en el Espíritu. Las diez palabras son ahora la Palabra, Cristo hecho vida en nosotros.

Esta unidad de la Palabra nos ha de conducir a no separar las dos tablas, ya que el amor a Dios y el amor al prójimo están inseparablemente unidos. No se ama a Dios sin amar al prójimo, pero tampoco se ama al prójimo sin amar a Dios.

Como enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: “el Decálogo forma un todo indisociable. Cada una de las «diez palabras» remite a cada una de las demás y al conjunto; se condicionan recíprocamente. Las dos tablas se iluminan mutuamente, forman una unidad orgánica. Transgredir un mandamiento es quebrantar todos los otros (Cf. St 2, 2-11). No se puede honrar a otro sin bendecir a Dios su Creador. No se podría adorar a Dios sin amar a todos los hombres, que son sus creaturas. El Decálogo unifica la vida teologal y la vida social del hombre” (CIC 2069).

c) Los tres mandamientos de la primera tabla

Los tres primeros mandamientos expresan las exigencias fundamentales de nuestra relación con Dios. Una exposición sintética de todos los mandamientos se encuentra en el libro de C. Caffarra, *La vida en Cristo*, 209-226. De manera más desarrollada se puede consultar el libro de E. Jiménez, *Decálogo, diez palabras de vida*. Una exposición sistemática se encuentra en el Catecismo de la Iglesia Católica, 2052-2557.

El primer mandamiento “no tendréis otro Dios más que a mí” (Amarás a Dios sobre todas las cosas) expresa la exigencia originaria de esa relación: reconocer a Dios como Dios y que nadie o nada diferente pueda colocarse en su puesto o en su mismo plano. Este reconocimiento se expresa mediante la *adoración*. El pecado contra el primer mandamiento es la *idolatría* que consiste en la adoración de un bien limitado. Éste, como explica San Pablo (*Rom 1, 24-25*) es el origen de todo pecado, de toda la historia dominada por el mal.

El segundo mandamiento “No tomar el nombre de Dios en vano” es consecuencia del primero. El reconocimiento de Dios en la adoración del creyente genera la *veneración* del Nombre de Dios. El nombre en la Biblia significa la realidad misma de la cosa llamada o nombrada. La observancia del segundo mandamiento consiste en hablar de Dios con reverencia, siendo conscientes de que no somos ni capaces ni dignos de ello. El hombre desobedece este mandamiento cuando desprecia a Dios con la *blasfemia* o lo nombra en vano. El nombre de Dios lo sabe nombrar sólo aquel que lo dice movido *únicamente* por el Espíritu.

El tercer mandamiento “Santificarás las fiestas” nace del respeto a Dios Creador y Salvador y es la garantía de la vida y de la libertad como dones de Dios. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, participa del *descanso creador* de Dios y celebra la libertad que le ha sido dada por Él. El domingo, día de la resurrección, ha de observarse por tradición apostólica la celebración de la Eucaristía en la que se actualiza la Pascua. El mandamiento de la Iglesia determina y precisa la ley del Señor. “El domingo y las demás fiestas de precepto los fieles tienen la obligación de participar en la Misa” (CIC 2180). El domingo, junto con el culto y la alabanza, es también día de gracia y descanso para cultivar la vida familiar, social y religiosa. Con el descanso manifestamos la soberanía de Dios y la libertad que ha concedido a sus hijos.

d) Los siete mandamientos de la segunda tabla

Los mandamientos de la segunda tabla se refieren a la realización de los componentes esenciales de la persona humana en conformidad con el proyecto de Dios sobre ella. Esto es, se refieren y regulan el devenir de la persona humana según la verdad más profunda, en el ámbito y dentro de aquellas *esferas*, cuyo desarrollo condiciona y regla la identidad individual y social del hombre y de la humanidad.

La primera esfera o el ámbito originario de la persona humana está constituido por la familia: a ella se remite el *cuarto mandamiento*: “Honrarás a tu padre y a tu madre”. Pero el desarrollo integral de la persona no alcanza su plenitud en la familia. Exige que el hombre se inserte en un cuerpo social más amplio.

Ahora bien, lo social propia y específicamente humano se diferencia infinitamente de cualquier otra agregación de una pluralidad de individuos. Está formalmente constituido por la *justicia* que es el reconocimiento incondicionado del otro en razón simplemente de su humanidad. Lo social de que habla la segunda tabla es el deber-ser, la condición fundadora de la sociedad misma en el hombre, bajo la forma del reconocimiento del otro como tal.

Este reconocimiento elemental, que constituye lo social humano en su raíz, se expresa inmediatamente por el reconocimiento del derecho inviolable de toda persona a la vida: “No matarás” reza efectivamente el *quinto mandamiento*. Pero es en la sexualidad donde la persona humana encuentra la inclinación originaria a la sociedad. No existe unión que preceda, en profundidad y originalidad, a la del hombre y la mujer: por eso el *sexto mandamiento* (“No cometer adulterio”) así como su correlativo, el *noveno mandamiento* (“No desear la mujer del prójimo”) se refieren al ejercicio de la sexualidad. La justicia, sin embargo, se amplía ulteriormente, ya que la dimensión social del hombre no se encierra dentro del ámbito de la sexualidad. Antes bien, la unión sexual está ordenada como tal a superarse en el hijo, el cual –en razón de su humanidad– se impone a los mismos progenitores como persona diferente de ellos que exige un respeto absoluto. Dentro de la misma unión sexual se tiene la revelación germinal de todo el cuerpo social en sus exigencias éticas. Son fundamentalmente dos. El reconocimiento de la persona humana como tal significa su reconocimiento como sujeto inviolable de derecho, es decir, como sujeto que posee facultades que son sancionables no sólo por convenciones

humanas, dictadas por utilidad utilitarista, sino por la propia moral, en definitiva, por la misma Sabiduría creadora. Es el reconocimiento inviolable de los bienes, de todo bien necesario para el desarrollo integral de la persona humana. Es el reconocimiento, por tanto, de un “tuyo” que te pertenece absolutamente; el *séptimo mandamiento* dice, en efecto, “no robarás” y su correlativo el *décimo mandamiento* “no desearás los bienes ajenos”. Sin embargo, la comunidad social no se agota en esto. Es puesta y constituida positivamente por la comunicación propiamente humana que es la palabra. Por eso, el *octavo mandamiento* reza: “No darás falso testimonio ni mentirás”.

e) Los diez mandamientos y la ley del Espíritu

En el Sermón de la Montaña Jesús responde a las exigencias de los diez mandamientos y los lleva a su plenitud. Por eso la Iglesia se ha sentido destinataria de los diez mandamientos, como esposa de Aquel que en la montaña le ha revelado el designio de Dios sobre el hombre en su integridad.

Estas exigencias, como hemos recordado, caen dentro de un corazón concupiscente, duro y desconfiado, de donde “proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, avaricia, maldad, engaño, desenfreno, envidia, blasfemia, soberbia y estupidez” (*Mt* 7, 21-23). Es de la concupiscencia del corazón de la que el hombre debe ser liberado y de la que debe cuidarse para que los diez mandamientos se cumplan en él. Este hombre, liberado de la concupiscencia, es el hombre unido por el Espíritu a Cristo, el hombre que vive en la caridad de Cristo.

Sólo el Espíritu, que difunde el amor de Cristo en nuestros corazones, nos hace plenamente obedientes a los diez mandamientos. Por él son realizadas las obras que estos requieren en nosotros que ya no caminamos según la carne.

La verdadera promulgación del código de la Nueva Alianza no se produjo, pues, ni siquiera en el monte de las Bienaventuranzas: ocurrió en el monte Calvario, cuando del costado desgarrado de Cristo brotaron el agua y la sangre y se derramó el Espíritu. Es promulgado el día de Pentecostés y, después, siempre y donde quiera que se celebre la Eucaristía (Cf. C. Caffarra, *La vida en Cristo*, 212-217.226).

Es en la caridad, que fluye de la Eucaristía, donde está la plenitud de la ley, “en efecto, el precepto no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás y cualquier otro mandamiento se resume en éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Rm* 13, 9).

6. ORIENTACIONES PASTORALES

Después de todo lo dicho anteriormente, y siguiendo el itinerario de lo que venimos haciendo en los dos años anteriores en nuestra diócesis complutense, quisiera destacar algunas acciones importantes para el nuevo curso pastoral y subrayar algunas actitudes necesarias.

a) La acogida y el sentido de pertenencia

Nuestra diócesis, por su juventud y por el desarraigo de muchas personas que han venido a nuestra tierra, necesita crecer en la capacidad de acogida y desarrollar entre los fieles el sentido de pertenencia. Un cristiano en el seno de la Iglesia católica es una persona que sabe ser miembro de un pueblo concreto que se hace presente en cada comunidad que forma parte de la diócesis. Acoger significa estar pendiente del otro, buscarle, interesarse por él y disponer de una comunidad en la que de verdad nos sentimos hermanos y convocados por la misma fe y misión. Tanto la acogida como el sentido de pertenencia a un Cuerpo (la Iglesia) tienen un sentido teológico que va más allá del factor humano y de los afectos. Siendo necesaria la mediación humana, hemos de profundizar en el sentido teológico de la acogida y del sentido de pertenencia.

Es la caridad la que nos urge a ver en el otro al mismo Cristo que nos invita a dar la vida como Él ha hecho con nosotros: “acogeos unos a otros, como también Cristo nos acogió para gloria de Dios” (*Rm 15, 7*). Cristo es el modelo de acogida y la medida de nuestro amor: “Porque la caridad de Cristo nos apremia, pensando... que murió por todos para que los que vivan no vivan para sí, sino para quien vivió y resucitó por ellos” (*2 Cor 5, 14-15*). Reconocer en el otro a Cristo y estar dispuesto a dar la vida por él es el sentido profundo de la acogida cristiana. La razón no puede ser otra que la experiencia del amor del Crucificado y la gratitud. Si Cristo murió por mí, reflexiona San Pablo, mi respuesta no puede ser otra que vivir para Él. La

misma gratitud nos lleva a despertar el sentido de pertenencia. Porque para mí, dirá San Pablo, “la vida es Cristo” (*Fil 1, 21*). El cristiano pertenece al ser de Cristo, es un miembro de su Cuerpo, de la Iglesia.

Reconociendo estos fundamentos teologales de la acogida y de la pertenencia a la Iglesia, debemos encontrar los caminos concretos en nuestras parroquias y movimientos para desarrollarlas, sabiendo que la gracia necesita de mediaciones. Nos ayudará a ello el sabernos convocados y enviados por el Señor.

b) La parroquia: comunidad evangelizadora

Una parroquia acoge cuando introduce a alguien en la propia familia, en el hogar donde se comparte la fe y se construye desde la Eucaristía una auténtica comunidad. Continuamente vengo repitiendo que es necesario pasar de una parroquia de servicios religiosos a una parroquia-comunidad de fieles. Para ello necesitamos, como dice el Papa Francisco “poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera que no puede dejar las cosas como están” (*Evangelii gaudium, 25*).

Poner los medios necesarios para que la parroquia sea una comunidad, supone contar con un germen inicial. Este germen, de manera habitual, son los colaboradores en las distintas tareas y misión de la parroquia: equipo de catequistas, liturgia, pastoral social, pastoral familiar y juvenil, pastoral de infancia, de mayores, enfermos; grupos de oración y adoración, representantes de movimientos, etc. Con este germen o con un grupo de familias preocupadas por su vida matrimonial y familiar hay que dar los pasos para generar una comunidad cristiana. Los medios necesarios son la oración en común, la escucha y celebración de la Palabra, la Eucaristía compartida y la comunión de bienes teniendo como referencia la comunidad apostólica (*Hch 2, 42-47*).

A veces da cierto miedo dar algunos pasos necesarios para la conversión pastoral y caemos en cierta inercia conservando lo que de momento se tiene. Lo considero un profundo error. El tiempo presente y el futuro inmediato requieren dar un golpe de timón serio. Para ello los sacerdotes debemos buscar infatigablemente a los laicos, aprovechando los medios de formación que ofrece la diócesis e iniciando, sacerdotes y laicos, un proceso de renovación de la parroquia que la haga ser una familia de familias. Para ello no es despreciable la ayuda de los movimientos y de los carismas que el Espíritu regala a la Iglesia.

A lo largo de estos años hemos hablado de varios medios: la escuela de la Palabra, los grupos de formación siguiendo el Catecismo de la Iglesia Católica, los grupos de *lectio divina*, la parroquia como escuela de oración, etc. Todo es importante, pero se requiere dar un paso más. Es necesario transformar la parroquia en una comunidad misionera. El Papa lo repite hasta la saciedad: “La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia” (*Evangelii gaudium*, 25). Hemos de constituirnos, dice, “en un estado permanente de misión” (*Ibíd.*). Es más, “cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal. Aquí descubrimos una ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros” (*Ibíd.*, 10).

c) La Escuela de Evangelización y misión

La Escuela de Evangelización en la diócesis ha nacido con este objetivo: formar laicos y sacerdotes para la misión. Misión que va encaminada a suscitar en las parroquias un deseo de renovación, ayudar a dar pasos hacia la formación de una comunidad evangelizadora. Para ello, contando con la humildad de nuestros medios, las parroquias deben situarse en clave de misión, enviar personas a la escuela y prepararse durante todo el curso para desarrollar las semanas de evangelización y misión parroquial.

Con aciertos y deficiencias la Escuela de Evangelización irá poco a poco descubriendo las claves para alcanzar la meta de una conversión pastoral de las parroquias. Yo insisto en la importancia de que los sacerdotes y los movimientos alimentemos cada año el caudal de personas que, con la ayuda del Señor, serán enviadas a colaborar en las parroquias afianzando la experiencia acumulada. Esta novedad que nos regala el Espíritu –laicos para la misión–, es una gracia que no podemos despreciar. A esta gracia se debe sumar nuestra colaboración con la *Delegación de Misiones*. La misión nace del corazón de la Iglesia.

d) Una catequesis renovada

Son varios los pasos que van dándose en la diócesis para renovar la iniciación cristiana y promover procesos de continuación de la catequesis profundizando en lo recibido en la iniciación.

Para este curso se presentan tres objetivos importantes: la Escuela de Catequistas, la renovación de la Iniciación Cristiana de Adultos y la introducción del nuevo Catecismo de la Conferencia Episcopal Española: *Testigos del Señor*.

La Escuela de Catequistas

Dependiendo del Instituto de Teología “Santo Tomás de Villanueva”, la Escuela de Catequistas quiere ofrecer en dos niveles diferentes la formación básica y específica para renovar la iniciación cristiana tanto de niños como de adolescentes, jóvenes y adultos. Se trata de un esfuerzo para descubrir la sabiduría del catecumenado que en la Iglesia ha ido formando el sujeto cristiano: la persona bautizada, el seguimiento de Cristo y la comunidad. Es esta una necesidad imperiosa que viene suscitada por la propia experiencia de la disolución del sujeto cristiano.

Iniciación Cristiana de Adultos

El modelo de catequesis es el de la Iniciación Cristiana de Adultos que la Iglesia recomienda en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II, nº 64. El Catecumenado se ofrece como un *proceso* distribuido en varias etapas que van introduciendo al sujeto en la vida de Cristo. Para aquellos que todavía no han recibido el Bautismo hemos previsto en este curso una renovación que será presentada a comienzos de curso.

Testigos del Señor

Desde hace varios años venimos reclamando un catecismo para la formación de niños que concluyeron la iniciación cristiana y para adolescentes. El Catecismo *Testigos del Señor* quiere cumplir esta misión. A lo largo de este curso tendremos ocasión de conocerlo y estudiarlo. Del mismo modo, la Delegación de Catequesis continúa trabajando en el ciclo de la poscomunión y elaborando fichas y materiales para trabajar el Catecismo *Jesús es el Señor*.

e) Infancia y juventud

Siguiendo las indicaciones del Consejo del Presbiterio hemos segregado la pastoral de la infancia de la Delegación de Juventud. La intención es prestar una atención específica a los niños que ya han recibido la primera comunión y a los adolescentes. A su vez se ha erigido la *Asociación de los Santos Niños Justo y Pastor* con carácter diocesano. Confiamos a los Santos Niños todas las iniciativas de esta nueva realidad pastoral que apunta a hacerse presente en las parroquias promoviendo procesos de educación y formación infantil.

Por su parte la Delegación de Juventud continúa su esquema de trabajo pastoral en torno a los viernes de cada mes aglutinando la adoración, la formación, la colaboración

parroquial y la caridad. Para este curso, siguiendo el esquema de los cursos anteriores, tendrán nuestros jóvenes, junto a las distintas iniciativas de la Delegación, la ocasión de profundizar en el seguimiento de Cristo conociendo en profundidad los *Diez mandamientos de la ley de Dios*, el camino de oración que nos ofrece Santa Teresa de Jesús y el testimonio de los santos.

f) La pastoral matrimonial y familiar

Los matrimonios, como los jóvenes, necesitan una atención particular. Para comenzar es importante que las familias se encuentren mensualmente en la Oración de Familias. No hay ninguna acción pastoral que no empiece con la oración. El esquema de los viernes también es válido para las familias. También para ellas se ofrece la oportunidad de profundizar en la oración con Santa Teresa y en el conocimiento de los Diez mandamientos.

Para desarrollar la pastoral familiar necesitamos que las parroquias cuenten con su Equipo de Pastoral Familiar. Los equipos itinerantes cumplen la misión de ayudar a las parroquias a conocer el *Directorio de Pastoral Familiar* y a preparar matrimonios que después puedan desarrollar un servicio a las familias en las parroquias.

Para este curso he encargado al Centro de Orientación Familiar que elabore todo un plan de renovación de la pastoral prematrimonial. Para ello contamos con los laicos que realizan el Máster de familia en el *Instituto Juan Pablo II* y los laicos que se van formando en el *Instituto de Teología*.

A ellos hay que añadir todos los que vienen desarrollando infatigablemente esta tarea en las parroquias. Es bueno que iniciemos un camino de conocimiento mutuo y de compartir experiencias para afrontar uno de los retos más difíciles de la pastoral en estos momentos. Junto a la preparación inmediata al matrimonio habrá que desarrollar la preparación próxima y remota. Para ello es necesario continuar en la formación de

laicos que puedan desarrollar cursos de formación afectivo-sexual en las parroquias y en los colegios. Del mismo modo es necesario continuar ofreciendo itinerarios de fe para novios que quieran preparar con tiempo su matrimonio. También para ellos el modelo es un proceso catecumenal de novios.

La *Escuela de Familias* es otro servicio que se ofrece a los matrimonios y a los padres como una ayuda para desarrollar la misión que se le confía a la familia. El curso anterior ya resultó una experiencia extraordinaria que espero se consolide en este nuevo curso pastoral. Junto a la atención a los matrimonios que realizan el programa, se trata de ir preparando a aquellos que después podrán difundir esta escuela en los colegios y las parroquias. Si en la primera parte de esta carta hablaba de “alarma educativa”, ahora apelo a la responsabilidad de los sacerdotes y de las familias para extender este medio educativo.

g) *Cáritas, la Casa de los pobres y la Casa cuna*

El Año de la Caridad ha de ser también un revulsivo para las cáritas parroquiales y para la Cáritas diocesana en todos sus servicios. El servicio de la caridad en la Iglesia necesita de laicos bien formados en Doctrina Social de la Iglesia para impregnar la evangelización de todo aquello que haga difusivo el amor y la organización de la sociedad.

Entre las tareas inmediatas de carácter diocesano está la construcción de la *Casa de los pobres*. Gracias a Dios, las obras ya han comenzado y esperamos verlas culminadas este curso. Será un gran regalo poderla inaugurar como conmemoración del vigésimo quinto aniversario de la restauración de la diócesis complutense. Sin embargo, no acaba ahí nuestro afán y preocupación por los empobrecidos. Reconozco todo el trabajo que estáis realizando en las cáritas en servicio a aquellos que más nos necesitan. Del mismo modo agradezco el trabajo en el Centro de Orientación Familiar donde atendéis las nuevas pobrezas de tantos hermanos nuestros. Estas instituciones, como

también la Casa de acogida de San Diego, la Casa para acompañar a madres con sus hijos de las Cruzadas Evangélicas de Coslada, etc., son realidades que, además de acompañar el sufrimiento humano, hacen creíble a la Iglesia. Por eso os animo a todos a continuar en esta labor formidable y a contribuir a su sostenimiento.

Una pequeña ilusión quisiera añadir. En todas las diócesis que el Señor me ha confiado, con su ayuda, he podido abrir lo que se llama “*La casa cuna*” para acoger a madres durante el embarazo para que no aborten. Las religiosas que se dedican a esta labor me han prometido su ayuda y presencia. Necesitamos, sin embargo, una casa que por sus características precisa habitaciones para acoger a las religiosas y a las madres. Dios dirá. Yo os confío esta ilusión y empeño. Seguro que entre todos lo podremos lograr. Junto a estas religiosas suele aparecer también un grupo de laicos que de modo voluntario coopera con las religiosas en el trabajo ordinario y en la formación de las madres ¿Habría tarea más hermosa que proteger y custodiar la vida humana?

b) El Año de la Vida Consagrada

El Papa Francisco ha convocado al Año de la Vida Consagrada que hemos de recibir con mucha alegría. Alegría por la representación de la vida consagrada que el Señor nos ha concedido en la diócesis, y alegría por poder profundizar en el carisma de la consagración y la vida virginal.

Ambas, consagración y virginidad, tienen su raíz en la caridad. Por eso los consagrados son testigos del amor de Dios. El amor de consagración y la virginidad son una respuesta a la voz del Amor que resuena en lo profundo del corazón que invita a dejarlo todo y a seguir al Amado. Para conmemorar este Año de la vida consagrada se ha constituido una comisión de sacerdotes, religiosos y representantes de la vida consagrada que nos darán a conocer sus iniciativas.

El quinto centenario del nacimiento de *Santa Teresa de Jesús* será también una buena ocasión para volver a conocer su magisterio como doctora de la Iglesia. Su presencia en Alcalá durante su vida y la herencia de los tres carmelos (de “la Imagen”, *Corpus Christi* y San Ignacio Mártir en Loeches) son un reclamo para que vivamos este Año Jubilar. Los tres monasterios carmelitas serán destinados mediante decreto como lugares de peregrinación durante este año.

Además de la exposición sobre Santa Teresa que se está preparando en Alcalá y las demás iniciativas que se preparan en Ávila y por parte de la Conferencia Episcopal Española, yo os invito a descubrir en Santa Teresa el desarrollo de la vida espiritual que ella nos ha dejado en sus escritos. Por eso, tanto en el Aula Cultural *Civitas Dei*, como en el curso de Espiritualidad en el *Instituto de Teología* y en el desarrollo de los *Retiros diocesanos y Ejercicios Espirituales*, confío en que se proporcionarán los medios para seguir su itinerario de santidad. Todo lo que hagamos para la formación integral de los laicos en todas las instancias educativas de la diócesis, redundará en el crecimiento de la evangelización. Para ello contribuye también la *Escuela de Arte Cristiano* cuyos cursos en estos años han despertado el interés por el arte como modo de evangelización.

i) La visita pastoral

Al servicio de todas estas iniciativas y para el acompañamiento de los sacerdotes y las comunidades cristianas está el servicio de la visita pastoral. Con ella quisiera contribuir a la conversión pastoral que nos reclama el Papa Francisco y a promover la alegría del Evangelio. Aunque el momento que nos toca vivir es complejo, nosotros sabemos bien de quién nos hemos fiado. Es la experiencia de la caridad la que nos empuja y nos apremia a la evangelización. También la caridad de Dios es nuestro manantial de esperanza y gozo de la salvación. Es el Señor quien nos convoca y es Él quien nos envía. En su nombre quiero servirlos.

CONCLUSIÓN

Tenemos delante un curso pastoral fantástico con muchas iniciativas. Todas ellas nos han de conducir a la cumbre del espíritu humano: la adoración. La Capilla de las Santas Formas en Alcalá de Henares es el foco que ilumina toda la diócesis. Como la Virgen María, nosotros necesitamos suplicar el espíritu de obediencia y adoración. Bajo su intercesión y la protección de los Santos Niños Justo y Pastor iniciamos un nuevo curso.

Iniciamos el Año de la caridad puesta nuestra confianza en el Señor que nos ha dicho: “He venido a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo ya que arda!” (Lc 12, 49). Jesús ha encendido un fuego –el Espíritu– que ya nunca se extinguirá. Llameó el día de Pentecostés y siguió ardiendo en las comunidades que en un espacio de tiempo inconcebiblemente corto surgieron en torno al mediterráneo. Estas comunidades no se entendían como asociaciones religiosas en las que confluían los individuos particulares para poder vivir su piedad privada. Se entendían como un “cuerpo social” en Jesucristo, como *nueva familia, como nueva sociedad*.

Crear y recibir el Bautismo en el nombre de Jesucristo significaba la transformación de la vida entera, una nueva convivencia a partir del espíritu de Jesús y, cuando era necesario, incluso un contramundo frente a la antigua sociedad. La fe en Jesucristo era, desde el primer momento, algo más que pura interioridad. Allí donde se cree en el evangelio de Jesús se trata siempre del mundo y se transforma el mundo. La opinión ampliamente difundida de que el cristianismo aprende la fe en el ámbito de la Iglesia, para aplicarla en el ámbito del mundo, pervierte en su misma raíz lo que Jesús ha querido. La fe se empeña desde su primer segundo en la formación y transformación del mundo y la Iglesia es ya el lugar en el que la materia del mundo es alcanzada y redimida por la fe.

Cuando la Iglesia permaneció fiel a Jesús, apostó siempre por el todo, fue *nueva sociedad*. No sólo promovió justicia, sino que la vivió. No sólo proclamó la libertad sino que fue en sí misma lugar de libertad. No se entendió únicamente como lugar de reflexión en el que organizaban los solares del mundo, sino como el solar mismo. No esperaba sólo una vida futura en el Cielo, sino que sabía que en la convivencia de los bautizados aparece ya el Cielo y se ha encontrado la perla preciosa. Estaba segura de que en el ámbito de sus comunidades la creación estaba ya en camino hacia su integridad y hacia la forma que le había sido asignada. Dicho brevemente: se entendía a sí misma como el inicio del mundo liberado del fin de los tiempos, como el comienzo de la “nueva creación”, como “la nueva tierra”.

En la corporeidad de la Iglesia, en su penetrante insistencia en que la salvación debe comenzar hoy y aquí, en su perseverancia en la comunión visible, se prolonga lo que Jesús inició con sus discípulos. No podemos pasar de lado: “quien quiera hablar de Jesús, debe incluir a la Iglesia en su campo de visión, porque o tenemos a Jesús a través de la Iglesia o no lo tenemos de ninguna manera” (G. Lohfink, *Jesús de Nazaret*, Herder, 392-93).

Que entre todos, sacerdotes, religiosos, seminaristas, vida consagrada y fieles laicos, mantengamos vivo el fuego del Espíritu y hagamos visible la caridad de Cristo, la nueva sociedad.

Con mi bendición,

✠ Juan Antonio Reig Pla,
Obispo Complutense

Septiembre 2014

